

Selección

TERROR

YO, HOMBRE.LOBO

CURTIS GARLAND

Alzo la cabeza, mis ojos se clavan en el espejo dorado, de cristales tamizados para el reflejo.

Un nuevo ronquido horripilante brota de mis labios, que ya son fauces. Mis colmillos han crecido. Babean de forma repulsiva. Mi rostro es una masa aplastada, velluda, de ojos sanguinolentos, enrojecidos y crueles, De mi nariz, convertida en un hocico húmedo, que despide mucosa y aliento maloliente.

Ya no soy yo… Ya no me controlo. Mi mente se nubla, se vuelve todo rojo, se deforma, se distorsiona, como en una maldita pesadilla abominable.

Ahora, ya queda poco del caballero Bellamy, dentro de estas ropas elegantes y bien cortadas. Ahora ya no soy siquiera un hombre, un ser humano…

Ahora, yo…, yo, Claude Bellamy, soy…, soy… *¡hombre y lobo!*

Acabo de dejar de ser hombre para convertirme en lobo…

Por las rendijas del balcón cerrado, se filtra una luz plateada. Es de noche. Medianoche. Y las nubes se han abierto.

Hay plenilunio.

Emito un rugido bestial, inhumano. Y me lanzo rabiosamente sobre la puerta cerrada. Me lanzo para abatirla, para buscar a mis víctimas futuras, ávido de sangre…



Curtis Garland

Yo, hombre-lobo

Bolsilibros: Selección Terror - 17

ePub r1.0
liete 08.12.14

Título original: *Yo, hombre-lobo*
Curtis Garland, 1973
Digitalización: xico_weno

Editor digital: liete
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

PRÓLOGO

Me están esperando.

Todos están esperando en la sala. Todos. Incluso ella.

Ella…

Ya es tarde. Me he retrasado mucho. Casi veinte minutos. No he podido ser puntual. No me es posible.

Quisiera encontrar un medio de evitar que siga esa espera. Quisiera huir, evadirme. Ahora, que aún es tiempo. Ahora que no ha sucedido aún lo peor…

Pero va a suceder. De un momento a otro. Lo presiento. Nunca estuve tan seguro de nada en toda mi vida.

Ellos esperan… Esperan a Claude Bellamy. Al caballero Bellamy. Al hombre que admiran y conocen. Al que respetan. Incluso, incluso, al que quieren…

Me quieren… Me aman. Ella sobre todo. Ella sí me ama.

Ella…

¡Dios mío, no puedo hacer nada por evitarlo! Absolutamente nada… Quisiera morir por ella, sí eso fuera preciso. Si pudiera evitarle algo…

Pero ni siquiera eso me está permitido. Ni tan siquiera morir.

Lo tengo vedado. Yo…, yo *no puedo morir*.

Es horrible. Es angustioso. Es una maldición que va más allá de la tumba. Como todas las maldiciones, creo yo. A veces vivir o morir es lo que menos importa. Hay algo peor que todo eso. Algo peor que sufrir en vida. Algo peor que dejar de sufrir en la misma muerte. Algo que va más allá de cuanto se conoce, de cuanto se puede dominar.

Algo que nos domina a nosotros.

Que nos domina… y nos destruye.

—Dios mío, ¿qué puedo hacer? —me escucho hablar a solas, conmigo mismo. En la soledad de esta alcoba cerrada,

herméticamente ajustada de puertas y ventanas. Sin salida. Sin modo de ver el exterior, salvo por esas rendijas del gran balcón. Esas rendijas que dejan entrar sólo la penumbra azul de una noche nublada.

Nublada… Dios, ¿cuánto durará el nublado? ¿Cuánto tardarán en disiparse esas nubes, en asomar la luz…, la luz de la luna?

La luna…

Siento un estremecimiento. Un escalofrío de horror. Luz de luna. Plenilunio.

Hoy es plenilunio.

Hoy la luna es redonda, grande, blanca. Luna llena. Luz plateada sobre la ciudad y sobre los jardines, los bosques, el mar…

Luz de luna sobre mí. Sobre Claude Bellamy.

¡No, cielos, *eso* no! ¡No debe tocarme esa maldita luna llena! Nunca…

Me he detenido en mis reflexiones. Ese bello reloj de chimenea, ese delicado producto de la artesanía barroca, está marcando una hora. Desgrana dulces, suaves, melodiosas campanadas.

Las doce.

Medianoche. Ya es medianoche…

La hora… Él lo dijo. Es la hora. El momento terrible del aquelarre. De Satán, de las fuerzas del Mal desencadenadas. De todo el horror que encierran los hombres y los que ni siquiera son hombres…

—No, no… —he gemido, con angustia, frotándome las manos, avanzando hacia el espejo dorado, tras el reloj barroco, de figurillas de porcelana y paisajes miniados—. No puede sucederme *ahora*… aguardándome ella… ¡No, Señor, te lo ruego…!

Pero no sé si Dios escucha a los que están malditos. Tal vez no. Yo estoy rogándole con las últimas fuerzas humanas que aún quedan en mí.

Luego…

Luego, contemplo mis manos. ¡Mis manos, que ni siquiera sé si son mías…!

Están cambiando. Cambiando por momentos. Un vello denso crece en su epidermis. Las uñas se alargan, se estiran, se curvan, duras y afiladas como garras animales…

Crispo mis manos. Son realmente garras. Horribles, feroces

garras ávidas de destruir… Manos velludas, deformes por momentos, en la transmutación espantosa que las altera y afea segundo a segundo, momento a momento.

Quiero gemir, quejarme dolorosamente en este trance alucinante… ¡y ni siquiera reconozco mi propia voz!

De mi boca, de mi garganta, ha brotado un rugido, un estertor extraño, como el ronquido de una fiera al acecho, rabiosa y hambrienta… Sobre mis manos gotea algo espeso y fétido, la saliva de unas fauces bestiales acaso…

Alzo la cabeza, mis ojos se clavan en el espejo dorado, de cristales tamizados para el reflejo.

Un nuevo ronquido horripilante brota de mis labios, que ya son fauces. Mis colmillos han crecido. Babean de forma repulsiva. Mi rostro es una masa aplastada, velluda, de ojos sanguinolentos, enrojecidos y crueles, De mi nariz, convertida en un hocico húmedo, que despide mucosa y aliento maloliente.

Ya no soy yo… Ya no me controlo. Mi mente se nubla, se vuelve todo rojo, se deforma, se distorsiona, como en una maldita pesadilla abominable.

Ahora, ya queda poco del caballero Bellamy, dentro de estas ropas elegantes y bien cortadas. Ahora ya no soy siquiera un hombre, un ser humano…

Ahora, yo…, yo, Claude Bellamy, soy…, soy… *¡hombre y lobo!*

Acabo de dejar de ser hombre para convertirme en lobo…

Por las rendijas del balcón cerrado, se filtra una luz plateada. Es de noche. Medianoche. Y las nubes se han abierto.

Hay plenilunio.

Emito un rugido bestial, inhumano. Y me lanzo rabiosamente sobre la puerta cerrada. Me lanzo para abatirla, para buscar a mis víctimas futuras, ávido de sangre…

Y, sobre todo, sé que la buscaré a ella. A ella, la mujer a quien amo…, cuando soy Claude Bellamy. La mujer a quien aborrezco, cuando soy solamente un lobo…

* * *

Eso era el final.

Pero… ¿cuál había sido el principio?

¿Dónde empezó la historia de Claude Bellamy, el hombre-lobo?

Eso había empezado antes, Mucho antes.

Había empezado cuando Claude Bellamy no podía imaginar en qué terminaría aquel horror. Cuando yo, Claude Bellamy, ni siquiera sospechaba que iba a ser la víctima de una espantosa maldición más allá de lo humano.

Cuando yo, insospechadamente, fui víctima de la licantropía.

Cuando yo me hice hombre-lobo.

PRIMERA PARTE

LA «MALDICION»

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Hombre-lobo? —solté una carcajada—. ¡Cielos, qué tontería!

—¿Tontería? —mi interlocutor me contempló fijamente—. No debería hablar así de lo que desconoce, señor Bellamy.

—He leído y estudiado suficientemente los fenómenos biológicos para rechazar de lleno semejante posibilidad —afirmé.

—Hay cosas que están más allá de la Biología, señor Bellamy. Y de toda Ciencia dominada por el hombre. ¿No está de acuerdo conmigo?

—No, no del todo —rechacé con una sonrisa—. Todo tiene siempre su lógica explicación, su razón plausible. Se habla de cosas sobrenaturales, sin pararse a averiguar si aquello que nos parece fuera de este mundo no responde, en el fondo, a una ley perfectamente natural y comprensible.

—¿Sólo cree en todo aquello racional y probado por medio de la lógica?

—Mientras no se me demuestre lo contrario, amigo mío, no puedo creer en nada que se aparte de esa fría razón.

—¿No acepta, pues, la existencia de…, de vampiros, pongamos por caso?

—¿Vampiros? —reí de nuevo, sacudiendo la cabeza—. Oh, no, no. En absoluto.

—¿Ni en *zombies*, o muertos vivientes?

—No, tampoco. Dicen que existen ritos de magia negra para hacer levantar a los difuntos, pero nunca asistí a una ceremonia parecida.

—Ver para creer. Es su norma, ¿verdad, señor Bellamy?

—No por completo —me encogí de hombros—. Puedo creer algo que no he visto, siempre que alguien de confianza me asegure haberlo presenciado… y me explique cómo pudo suceder.

Mi interlocutor me contemplaba fríamente. Vi en sus ojos una

expresión maliciosa al inclinarse hacia mí, serena, fríamente incluso. Su voz sonó grave, rotunda:

—Yo…, yo *vi* a un hombre-lobo, señor Bellamy —declaró.

—¿De veras? —enarqué las cejas. No reí, porque hubiera sido una descortesía. Le estudié en silencio, esperando alguna aclaración más. Al no formularla él, me creí obligado a seguir con mis preguntas—: ¿Está seguro de ello?

—Por completo. Lo vi con mis propios ojos. Y no fue una alucinación.

—Ya —me pasé la mano por el mentón, pensativo. Traté de ser razonable—. ¿Cómo era ese hombre-lobo?

—Vestía como usted o como yo, señor Bellamy. Pero el propio vello hirsuto y duro había desgarrado sus ropas horriblemente, haciendo brotar aquella pelambrera maloliente. El rostro era espantoso. Más de fiera que de hombre. Un auténtico monstruo. Rugía, en vez de hablar o gritar. Y sus manos eran zarpas peludas, de engarfiadas uñas…

Cerró los ojos, respirando hondo, como si le resultara doloroso recordar el trance. Yo le estudié en silencio. El doctor Lennox era una persona completamente convencida de lo que decía…, o el mejor actor del mundo. Estaba pálido, respiraba aguadamente, y un sudor leve humedecía su piel, haciendo brillar la frente, bajo los cabellos canosos, pulcros y bien peinados.

Mis ojos fueron a la tercera persona que formaba nuestra reducida tertulia. Evidentemente, al muy honorable *sir* Richard Hobson, el tema de la conversación le resultaba altamente desagradable, y no se recató en manifestarlo así, con unos impacientes golpecitos de su bastón de empuñadura de plata, sobre el alfombrado suelo del gabinete.

—Mis queridos amigos, creo que deberían hablar de otro asunto menos ingrato. Chicas, por ejemplo —insinuó el rubio y atildado aristócrata, torciendo sus delgados labios en un mohín de evidente disgusto.

—¿Chicas? —el doctor Lennox resopló, como si saliera de un trance, y abrió los ojos, clavándolos atentamente en *sir* Richard—. Por favor, no debió mencionar eso… Aquella pobre chica… Usted me ha hecho recordarlo.

—Recordar, ¿qué? —le pregunté, curioso.

—Lo que le sucedió a aquella pobre chica… cuando el hombre-lobo la encontró…

—¿Ya volvemos sobre eso? —suspiró *sir* Richard.

—No puedo evitarlo… —se estremeció el doctor—. Fue todo demasiado terrible.

—Bien, terminemos con el tema —sugerí, intrigado—. ¿Qué le sucedió a esa chica, doctor?

—Cayó en las garras del licántropo. Algo espantoso. Gritaba de un modo horrible, se debatía entre las garras de aquella criatura, mitad bestia, mitad hombre. Y en la cual, desgraciadamente, parecían aunarse los peores y más bajos instintos de cada uno. No fue posible salvarla. Estaba despedazada, sin un solo jirón de ropa en su cuerpo, ferozmente mordida por los colmillos del hombre-lobo, tras unos ultrajes indescriptibles.

Confieso que, pese a mi escepticismo, me estremecí un instante. El relato era demasiado repugnante, por fantástico o imaginativo que resultase, para no herir una sensibilidad normal, pese a que la razón me decía que todo eso era imposible, o cuando menos, tan improbable como para no admitir una sola palabra del suceso, pese a la convicción puesta en su descripción por el doctor Stuart Lennox.

—Doctor, ¿seguro que no tuvo una pesadilla, causada por una mala digestión? —aventuré con una sonrisa.

—Puede creerlo o no, señor Bellamy —pareció ofenderse el doctor ante mí ironía—. Pero fui testigo de todo ello. Lo único que me fue dado hacer tras aquello, fue disparar mi arma sobre aquel monstruo. Lo herí y escapó, con un rugido inhumano, adentrándose en el bosque, con su víctima. Me fue imposible seguirle. Pero al día siguiente, apenas clareó, seguí las huellas de sangre, hasta encontrar el cuerpo sin vida de la muchacha. Volví con ella al cercano pueblo, donde la gente se persignó, amedrentada. Todos sabían que era el hombre-lobo, pero nadie lo admitió así. Yo podía leerlo en sus ojos, en sus gestos. Sin embargo, cuando llegó la policía, dijeron que algún lobo debió atacar a la joven, destrozándola. Yo hubiera querido decir otra cosa, pero me di cuenta de que me encerrarían por loco si lo hacía, y preferí callar.

—¿Y el hombre-lobo herido?

—Nunca di con él. Las gentes del lugar me dijeron que no habría

muerto. Sólo una bala de plata, en su corazón, acaba con un hombre-lobo, según la tradición. Mi bala era de níquel normal, y no espero que resultara milagrosa.

—Según eso, su hombre-lobo debió sanar… y ahora andará por esos mundos, atacando brutalmente a las gentes —señaló *sir* Richard, con un gesto de asco—. Cielos, qué fea historia la suya. Verdadera o no, ha logrado quitarme el apetito. Y, lo que es peor, me ha producido náuseas. Si no piensan variar el tema, creo que me iré a jugar una partida de *bridge* con lord Ashton, caballeros…

—No será necesario, *sir* Richard —suspiré, incorporándome—. Es tarde y mañana debo madrugar. De modo que será mejor dejarles a ustedes en amable charla. Yo me retiro a mis habitaciones.

—Pero mi querido señor Bellamy, si la cacería no empieza hasta las ocho y son solamente las nueve y media de la noche… —protestó el doctor Lennox—. ¿Siempre acostumbra a dormir diez horas?

—Me levantaré mucho antes de la hora de empezar la cacería. Recuerden que mi trabajo no me permite tantas vacaciones como a ustedes. En el Instituto esperan mi trabajo sobre metamorfosis y alteraciones biológicas del individuo, como antes le dije, dando motivo a su curioso comentario sobre los hombre-lobo y todo eso…

—Oh, cierto. Olvidaba que un científico nunca dispone absolutamente de su tiempo —sonrió *sir* Richard—. Deseo que su ensayo sea brillante…, pero olvidando a los hombre-lobo, naturalmente.

—Naturalmente —reí, encaminándome hacia el salón donde los demás invitados a la finca de lord Ashton, se distraían en algo más risueño y agradable que hablar de monstruos licántropos y cosas por el estilo, ante la bien surtida mesa de canapés, la barra de bebidas o las mesas dedicadas al *bridge*, al *pinacle* y otros juegos.

Les dejé de charla en el gabinete, ante sus oportos, y crucé la bien iluminada sala, en busca de la amplia escalera que me llevase a la planta del suntuoso edificio campestre de nuestro anfitrión.

Allí me detuvo una suave y melosa voz de mujer:

—¿Ya de retirada, Claude?

Me volví.

Era Carol. La siempre elegante, distinguida y exquisita Carol Gordon. La misma Carol Gordon de siempre. Alta, rubia, espléndida

y mundana. Dueña y señora de cualquier ambiente en la alta sociedad británica. Según malas lenguas, además, buena amiga de lord Ashton. Demasiado amiga, incluso. Pero yo nunca me fié demasiado de las malas lenguas. Y si estaba equivocado, debía felicitar a lord Ashton por su buen gusto.

—Hola, Carol —saludé, cortés, inclinándome ante ella—. Es una retirada honrosa. Como la de nuestros soldados hicieron de algunas colonias…

Reímos los dos. Luego, ella me miró maliciosamente.

—Incorregible Claude —comentó—. ¿Siempre es igual de cáustico en todos los temas?

—En casi todos —reí—. Lo cierto es que no me siento demasiado victoriano. Ése es mi mal. La caída del Imperio británico fue culpa de esa época. Y con el Imperio, cayeron muchas otras cosas…

—¿Como por ejemplo…? —sonrió Carol Gordon.

—Hasta hoy, creí que las supersticiones habían desaparecido. Pero empiezo a cambiar de idea.

—¿Las supersticiones? —Carol enarcó sus rubias cejas. Los azules y grandes ojos de la hermosa dama se clavaron en mí, sin entender—. ¿Qué significa, eso, Claude?

—Significa que acabo de oír hablar de algo que creía perdido en el tiempo. Pero no me haga caso, Carol. Ya sabe que soy un tipo raro. Me gustan las cosas que tienen explicación por extrañas que sean. No los misterios de nuestros abuelos, como vampiros, fantasmas y cosas parecidas… Es como pensar que los estranguladores de la diosa Kali, vengan desde la India de Kipling, a vengarse de los perversos británicos que robamos la piedra sagrada de uno de sus templos… Cosas pasadas, que huelen a polilla y a polvo, Carol.

—La verdad, Claude. Esta noche está usted más extraño que nunca…

—Culpa del buen doctor Lennox —sonreí—. ¡Si le hubiera usted oído…!

Me incliné ante ella, disponiéndome a andar hacia la amplia escalera que subía a los pisos altos de la residencia de lord Ashton, destinada a los huéspedes. Su serena voz me detuvo, muy cerca del arranque de la escalera:

—¿Se retira a descansar sin conocer siquiera a la persona que

tanto desea estrechar la mano de Claude Bellamy?

Entonces recordé algo. Me detuve. Giré la cabeza, golpeándome la frente con la mano abierta. Asentí.

—¡Cierto! Casi lo había olvidado ya, Carol. ¿Se trata de la misma persona que dijo usted anteayer?

—La misma, por supuesto. Estudia Biología también. Ha leído su último libro, y desea ardientemente conocer al gran ensayista y biólogo. ¿Puede aplazar unos minutos su retiro?

—Supongo que sí —suspiré—. ¿No es persona demasiado locuaz ni insistente?

—Pues…, no —negó ella con cierta sorpresa en su gesto—. No demasiado, la verdad…

Dejó en el aire sus palabras enigmáticas. No me aclaró más, ni yo intenté saberlo. A fin de cuentas, era asunto que me tenía sin cuidado. Huía de Londres por no hablar con demasiadas personas. Pero siempre hay alguien que le sigue a uno, con cualquier pretexto. Si se cobra popularidad, se deben aceptar esos gajes del oficio. No son los peores, ni mucho menos.

Mi último libro había sido bastante vendido. Pero, especialmente, mi programa científico en la BBC. La televisión había dado fama a mi nombre y a mi obra. No sabía aún si eso era buena o mala cosa.

Carol me hizo un gesto. La seguí. Caminamos hasta una larga mesa repleta de canapés y de bebidas. Recorrí con la mirada la hilera de rostros enjutos, sonrientes, en amable charla por lo general, con su vecino de bufete. Traté de imaginar quién sería mi interlocutor sobre Biología. ¿Aquel caballero menudo, de la barbita blanca recortada? ¿El alto y sobrio pelirrojo de gafas color caramelo? ¿El hombrecillo de traje negro y corbata de lazo, que mordisqueaba, nervioso, un canapé de salmón ahumado? ¿O el grueso y grandilocuente vecino que comentaba algo sobre los problemas de la contaminación atmosférica?

Confieso que me equivoqué de medio a medio. No era ninguno de ellos. Carol Gordon lo demostró acto seguido, con la mayor sencillez del mundo:

—Claude, te presento a la persona que más interés tiene en conocerte entre toda esta humana jauría que se prepara a perseguir al zorro… Ella sólo se preocupa por conocer personalmente a

Claude Bellamy. Y ella es… Dorothy Fletcher…

Dorothy Fletcher…

Una chica. Una bonita chica pelirroja que, al girar la cabeza hacia mí, me pareció la más hermosa criatura del mundo. Quizá lo era, en realidad. Quizá me impresionaron sus ojos, tan grandes, tan expresivos, tan profundos e insondables como dos fantásticos abismos azul oscuros, en un mar proceloso, visto desde la cima de un gran acantilado.

Tenía unos labios carnosos, perfectos, tremendamente dulces y sensuales a la vez. Su escote era profundo y sin embargo, no resultaba procaz, pese a la prominencia de sus vigorosos senos juveniles, erguidos y nacarados. Me quedé de una pieza. Ella, lentamente, al ser tocada en la espalda por Carol, se volvió y se quedó mirándome fríamente. No pronunció una sola palabra, aunque sus labios iniciaron un leve movimiento, como si fuese a hablar.

—Es un placer, señorita Fletcher —dije, inclinándome, cortés.

Y al ver que ella alzaba su mano, la oprimí con calor entre las mías, sonriéndole de modo espontáneo. Carol nos miraba a ambos como esperando algo más que no se producía. La joven me dirigió una amplia sonrisa.

—Bien… —esperé—. Carol me ha contado de su interés por mi humilde obra… Espero que el conocerme personalmente no llegue a causarle una decepción demasiado profunda, ni en el terreno literario o científico… ni en el personal del autor.

Ella se limitó a ampliar su sonrisa, y denegar con energía, girando la cabeza de lado a lado, con énfasis. La miré, esperando oír su voz que, sin duda, debía ser sumamente agradable.

Me sorprendió su mutismo. Y Carol, evidentemente, para evitar que la situación resultara más embarazosa, optó al fin por intervenir en la charla, con una aclaración que me quitó toda duda de la mente:

—Lo siento, Claude. Debí decírtelo antes… Dorothy, Dorothy… es muda.

* * *

Tuve un extraño sueño.

Imagino que también un profesor de Biología puede tener una pesadilla. No es que yo las hubiera tenido antes con frecuencia, pero esa noche sí la tuve.

Fue una fea y espantosa pesadilla. Y en ella se entremezclaron raros simbolismos y curiosas escenas en los límites de lo absurdo.

Me vi corriendo por un bosque, fusil en ristre, a la caza del zorro. Encontraba un animal y lo perseguía entre la maleza. De repente, el zorro se detenía, volviéndose hacia mí y exhibiendo sus colmillos. De repente, el zorro crecía y crecía de tamaño, hasta convertirse en un lobo. Asustado, yo disparaba contra el extraño animal, y él empezaba a reír con una risa humana que, al final, se transformaba en un aullido de lobo… Veía jirones de ropa sobre su piel erizada de vello duro e hirsuto. Sus ojos sanguinolentos tenían una crueldad feroz, implacable… Y, erguido, en pie sobre sus patas traseras, se lanzaba en pos mío aullando y rugiendo, pero emitiendo, entre sus aullidos, frases entrecortadas, ululantes, que ponían los cabellos de punta. Frases que yo entendía perfectamente, pese a su tono gutural y siniestro:

—¡Ven aquí, Claude Bellamy! ¡Ven aquí, incrédulo…! ¡Yo te demostraré que existe el hombre-lobo…!

Eché a correr como un poseso. Me perseguía a través del bosque interminable, haciendo crujir la hojarasca tras de mí, al pisotearla con sus pezuñas deformes y velludas. Sus zarpas hendían el aire en busca acaso de mi cuello…

Y yo corría, corría, corría…

Era un alucinante modo de luchar contra lo inexorable. Yo sabía que, al final, sería cazado y destrozado entre las zarpas del monstruoso animal. A pesar de ello, huía, poniendo en el esfuerzo toda la capacidad posible, tanto física como moral. Era mi única evasión y lo sabía.

Y, como siempre ocurre en sueños, mi fuga era lenta, desesperadamente lenta. Como si mis pies pesaran toneladas, como si mi cuerpo corriese al ralentí, tomado a cámara lenta.

Entretanto, él era un vertiginoso monstruo, rugiendo en pos de mí…

El paroxismo del terror llegó cuando sentí que mis pies se entrelazaban con unos arbustos y raíces, cayendo de bruces. La

masa informe y fétida se aproximó más y más…

Pero entonces, milagrosamente, surgía del bosque una figura virginal, asombrosa. Una muchacha pálida, pelirroja, vestida con ropas de fiesta, caminando hacia mí con sus brazos extendidos, como intentando abrazarme o protegerme.

Yo le gritaba, pidiéndole que huyera, que se alejase, que había allí un peligro de muerte para ella. Y ella, sin contestarme, sonreía, sonreía siempre, acercándose a mí más y más…

El rugido del hombre-lobo la hacía girar la cabeza.

Se enfrentaban ambos, en una mirada brusca y tremenda. Ella parecía angustiada, llena de repentino pavor, como si hasta entonces no hubiera visto nada de cuanto sucedía en el bosque.

Yo intentaba incorporarme, pero aquellas malditas raíces lo impedían…

Entonces, saltaba sobre mí el cuerpo peludo del monstruo. Sus zarpas terroríficas corrían al encuentro del cuello virginal de la joven. Ella, por vez primera, parecía de verdad horrorizada por la presencia del licántropo, y retrocedía, cubriéndose el rostro, con manos crispadas.

Todo era inútil. El hombre-lobo la alcanzaba, caía sobre ella en un maldito y odioso amasijo…

Ella, la muchacha muda, abría la boca, los ojos, en una inenarrable expresión de terror. Yo lograba ponerme de rodillas, luchaba contra las raíces, pugnando por liberarme…

Y, de repente, ella gritaba, gritaba, vuelta la voz a sus cuerdas bucales, acaso por el milagro supremo del horror y del pánico.

Gritaba ella, y el hombre-lobo, súbitamente, la dejaba caer de sus feroces brazos peludos, para volverse a mí y transformando sus berridos animales en pura risa civilizada, me decía con voz perfectamente humana:

—¿Lo ve, mi querido Bellamy? ¿Se da cuenta de que, realmente… el hombre-lobo existe…?

Y, riendo a carcajadas, se quitaba aquella cabezota monstruosa, de licántropo, para mostrar, debajo, la expresión sarcástica y altiva del doctor Lennox.

Me desperté con un brinco, bañado en frío sudor. Y sentí mucho alivio al comprobar que todo, absolutamente todo, había sido un sueño.

Tenía en la mesilla de noche una jarra con zumo de naranja y un vaso. Me incorporé. Me serví una dosis, y la apuré con premura, enjugándome el sudor con el embozo de la cama.

Había sido solamente un sueño. Un mal sueño. Sabía eso, y no sentía temor alguno. Es más, hubiera resultado ridículo que yo tuviera miedo de una tontería semejante.

Miré al ventanal, allá al fondo, tras las cortinas a medio correr.

Una suave luz plateada penetraba en mi alcoba. Era una luz propia de las noches despejadas de plenilunio. Había luna llena.

Recordé las palabras del doctor Lennox, allá en el salón. Licantropía y cosas así… Había algo en la ridícula tradición: el plenilunio. Se decía, que, si brillaba la luna llena, el hombre contaminado se transformaba en lobo. Para ello, tenía que haber sido mordido antes por… por un hombre-lobo.

Por fortuna, todo era un sueño, unido a unas palabras del doctor Lennox, víctima sin duda de alguna alucinación como mi propia pesadilla. Eso, y una chica llamada Dorothy Fletcher. Una chica muda… y notablemente hermosa.

Me eché de nuevo en la cama, con un suspiro. El frescor levemente agridulce del zumo de naranja, me había dado una sensación de alivio en la garganta, reseca tras el mal sueño sufrido.

Cerré los ojos, disponiéndome a dormir. Pensé que tal vez la cena de lord Ashton había sido demasiado copiosa para mi estómago. Es la única explicación que tienen siempre las pesadillas.

—Felices sueños, señor Bellamy…, si es que puede tenerlos.

Me sobresalté, pegando un grito ronco e incorporándome. Mi salto me hizo quedar sentado en mi lecho, clavando los ojos, estupefacto, en las sombras del dormitorio.

—¿Qué diablos…? —comencé—. ¿Quién anda ahí?

—Yo, señor Bellamy —dijo la misma voz que oyera antes.

Y una figura se irguió en el butacón del fondo, recortándose pálidamente al leve resplandor de la luna llena, en mi alcoba en sombras.

—¿Quién es usted? —mascullé—. ¿Qué pretende? Éste es mi dormitorio, y su intrusión me parece de pésimo gusto, señor… señor…

—Sería igual que le diera mi nombre —me respondieron—. Usted no me conoce. Nunca me ha visto antes de ahora.

—Bien, ¿y qué, maldita sea? —estallé, ya furioso, saltando del lecho y dirigiéndome hacia la luz—. Avisaré a lord Ashton, y espero que él decida sobre su intromisión, sea usted quien sea. A lord Ashton no le gustan las bromas pesadas entre sus invitados.

—Es que… no soy un invitado de lord Ashton —me replicaron apaciblemente.

—¿Ah, no? —le miré, tratando de descubrir algo revelador en aquella alta silueta, aparentemente bien vestida, situada de espaldas al balcón, y por tanto también de espaldas a mí, tras el respaldo del alto sillón de orejas donde estuviera acomodado hasta entonces, sin ser visible—. Entonces, ¿quién diablos es usted? ¿Un intruso, un merodeador?

—Podrían llamarme así, señor Bellamy.

—Usted conoce bien mi nombre. Y mi alcoba, a lo que veo. ¿Cómo entró?

—Por el balcón.

—¿El balcón? —miró rápido hacia allá—. Diablo, lo dejé cerrado. La noche es fría…

—Creyó dejarlo cerrado. Sólo estaba encajado. Hubiese entrado, de todos modos, pero produciendo mucho más ruido y rompiendo su sueño que, por lo agitado que le vi, no debía ser muy agradable…

—No, no lo era. Pero eso a usted no le importa. Me está obligando a avisar al dueño de la casa y denunciar su presencia aquí. Lord Ashton es un importante ciudadano. Pero es también algo más: actual responsable de nuestra policía.

—Y futuro suegro del notable científico Claude Bellamy —rió la voz irónica del visitante de madrugada.

—Parece muy bien informado sobre mí —arrugué el ceño—. Demasiado bien. Acabemos esta grotesca situación, sea usted quien sea. ¿Qué ha venido a buscar aquí?

¿Dinero, acaso joyas, un rescate por mi persona, en el supuesto de que me deje secuestrar…?

—Por Dios, señor Bellamy, no sea vulgar —me reprochó mi interlocutor—. Me decepciona usted. Ni robos, ni atracos, ni secuestros. Es algo mucho más sencillo. Y debe hacerme caso cuanto antes. Yo debo irme. Debo irme en breves minutos. Antes de que la luna llena salga de esas nubes grises que la velan a medias. Eso

sucederá en menos de diez minutos, lo sé.

—¿Y por qué tendrá que ser en ese período de tiempo precisamente? —me intrigué.

—Porque yo… porque yo, señor Bellamy…, no puedo permanecer aquí más tiempo, si la luna llena sale por completo. ¿Va entendiéndome?

—No —negué, rotundo—. ¿Qué estupidez trata de decirme?

—No es… ninguna estupidez, señor Bellamy —rechazó mi visitante nocturno—. Ni mucho menos. Es, sencillamente, el aviso de un amigo que leyó su libro… y vino a avisarle de que está equivocado. De que todo en él es falso…

—¿Se ha vuelto loco? —exclamé, furioso—. ¿Ha venido a burlarse de mí, en mi propio dormitorio… hablando de… de mi libro? ¡Ya estoy harto! ¡Voy a tratar de poner todo este feo enredo en claro! ¡Y a desenmascararle a usted, en principio!

—¡No! —gritó él, echándose atrás impulsivamente—. ¡No lo haga!

Era tarde. Lo intenté, pero en vano. Vi alzarse sus brazos, vi sus manos enguantadas, cubriendo su rostro, en la penumbra, para eludir mi intento. Yo hice dos cosas a la vez: encender de golpe una lámpara con pantalla de pergamino y pie dorado, arrinconada junto al sillón, y aferrar uno de los brazos de aquel misterioso e inquietante caballero, intruso en mi dormitorio a altas horas de la noche.

No sé si debí hacerlo.

Me enfrenté a un horror inesperado. A algo en lo que ni yo ni nadie podía creer.

¡Estaba sujetando el brazo de un hombre-lobo!

CAPÍTULO II

Le solté rápidamente. Retrocedí, incrédulo, como sacudido por un mazazo.

—Se lo avisé —jadeó él—. Nunca debió hacerlo. Apague esa luz, se lo ruego…

Nos quedamos mirando, estupefacto yo, dolido y como crispado él. Me pareció increíblemente inofensivo. Pero era, o parecía, aquello que yo negué toda mi vida, y que sin duda hubiera seguido negando hasta el fin de mis días: un hombre-lobo.

Me eché a reír bruscamente. Él pareció perplejo. Entre el vello cobrizo y rígido de su rostro, sus ojos pequeños, porcinos, brillaron asombrados, entre rojas estrías sanguinolentas que tenían siniestramente sus globos oculares. El brazo que yo sujetara, se encogía. Aún así, era visible el vello abundante y fétido, entre su guante gris, de piel, y su manga de la chaqueta oscura, cruzada y sobria.

—¿De qué se ríe ahora? —balbució.

—De la broma —dije, entre risas.

—¿Broma? —repitió, como un murmullo.

—Naturalmente —dominé mi hilaridad con dificultades—. ¿Supone que voy a tragarme semejante píldora, amigo? Ahora veo claro todo este juego… El doctor Lennox, una burla de mal gusto… El realista y lógico Claude Bellamy se asusta por un momento ante un «auténtico» hombre-lobo… ¡Menudas risas mañana, en la cacería, en el almuerzo en el coto, en la cena incluso…!

—Se equivoca, señor Bellamy —protestó, grave su tono, el desconocido—. No soy ningún bromista…, por desgracia para mí. Mire esto.

E inesperadamente, se despojó de sus guantes. Bajo ellos aparecieron dos zarpas velludas, de engarfiadas uñas, duras como las de un feroz animal selvático. Miré su morro húmedo y oscuro,

babeante como sus fauces. Los colmillos asomaban entre sus fauces al hablar, en un asombroso juego de ficción que me maravilló.

—Vaya, es toda una obra maestra de caracterización —dije, riendo—. ¿La alquiló en la utilería de la Hammer?[1]

—Señor Bellamy, estoy intentando decirle, desesperadamente, que no soy ningún bromista, que esto que ve es real… —gimió—. ¿*Cómo* podría convencerle?

—Así —reí—. No hay máscara capaz de resistir esto.

Aferré su rostro velludo, sus fauces, su morro, sus orejas, con ambas manos. Tiré brutalmente de todo ello, para arrancarle la caperuza o máscara imitando al hombre-lobo de marras.

No logré nada. Se quedaron en mis dedos cerdas hirsutas, rojizas. Él emitió un ronco gruñido inhumano, y hasta me mostró sus colmillos, rabiosamente. Luego retrocedió manoteando, en tanto yo, perplejo, contemplaba aquellos pelos arrancados de cuajo de una piel palpitante, viva, cálida…

Luego, señaló al balcón.

—¿Lo ve? —sollozó—. ¿Lo ve, señor Bellamy? ¡Perdió su tiempo y el mío! ¡Ya no puedo ayudarle en nada! ¡La luna va a salir… y resultaría espantoso que yo me quedara con usted un instante más! ¡Pero guárdese de mí y de *otras personas*… *especialmente* de una mujer…! ¡Una mujer… que también es hembra-lobo…!

Emitió un espeluznante alarido salvaje, el de una verdadera bestia herida, se tapó los ojos con sus zarpas peludas… y cruzó la habitación, derribando la lámpara, cuya bombilla estalló con fuerza, apagándose, abatiendo el sillón y una mesita, y arrancando de cuajo una cortina del balcón, envuelto en la cual se fue contra la vidriera, que desgajó brutalmente, zambulléndose en el exterior, con formidable estrépito.

Afuera aullaban los perros mastines, en su encierro, insistentemente. Sus ladridos se hicieron ahora más imperativos y exasperados. Corrí al balcón tras el ser evadido de mi alcoba. Solamente pude descubrir, huyendo hacia los frondosos jardines de la residencia de lord Ashton, una figura encogida, envuelta en la cortina todavía. Se perdió entre la espesura.

Arriba, en el cielo, una gran luna redonda, plateada, había surgido un momento antes de entre las nubes, e iluminaba nítidamente el paraje.

* * *

—Pues sí, mi querido Bellamy —dijo el doctor Lennox—. Parecen pelos de lobo. Y lo son. ¿Dónde los encontró?

—En el alféizar de mi ventana —mentí, mientras los ojeadores iniciaban su operación de buscar al zorro en el bosque. Los clarines de llamada a la caza, eran notas vibrantes, doradas, en los bosques de lord Ashton. La estampa de las casacas rojas y los caballos enjaezados, digna de un cuadro tradicional de los tiempos victorianos.

—Pues tenga cuidado, mi querido amigo —rió el doctor, devolviéndome aquel manojo de pelos, que guardé cuidadoso en el sobre de color ocre—. Evidentemente, debe haber lobos por aquí, aunque no lo pensé seriamente.

—O bien hombres-lobo —reí entre dientes, mirándole con sarcasmo.

—Es una posibilidad —me miró seriamente ahora—. Anoche era plenilunio, ¿lo sabía?

—Sí —y añadí, rápido—. Lo vi antes de dormir. La luna era llena.

—¿Padece de insomnio, Bellamy? Se fue usted a dormir muy pronto. La luna no salió anoche hasta casi las once y media… —su mirada interrogante y burlona seguía fija en mí.

—Entonces debí verlo al despertar a medianoche —pretexté, encogiéndome de hombros—. Me acostumbro a dormir en seguida. Sobre todo, en vísperas de cacería.

El doctor Lennox no dijo nada más. Espoleó a su caballo y se lanzó en pos del zorro a quien perseguíamos. Los ladridos de los perros, lanzados por el bosque tras de su presa, me hicieron regresar mentalmente a la noche anterior.

Pelos de lobo… El doctor Lennox podía decirlo por bromear. Pero ya antes, el propio lord Ashton había identificado el origen de aquel vello. Con mi anfitrión me inventé un pretexto diferente, relacionado con la biología de los mamíferos cánidos y todo eso. Pero ambos habían coincidido: era pelo de un auténtico lobo.

Y yo sabía que procedía del rostro de un ser humano.

¿O quizá sólo medio humano?

Mi razón, sin embargo, seguía negándome esa evidencia

demostrada de un modo casi alucinante la noche anterior. Me resistía a aceptarlo. No era posible. No existían hombres-lobo, estaba seguro de ello.

—Pero mi querido Bellamy, ¿qué hace aquí parado? Así nunca avistará a nuestro zorro…

La voz me hizo girar la cabeza, sobresaltado. Era curioso. Ella, otra vez. Siempre aparecía inesperadamente. Carol Gordon. La hermosa, rubia amazona Carol Gordon, realmente insultante de atractivo en aquel caballo indómito, negro, lustroso, inquieto bajo el peso de su jinete. Carol Gordon, a quien la casaca roja y el atavío de jinete cazador sentaba maravillosamente bien. Bajo la gorrita negra de visera, sus ojos azules reían joviales, exuberantes de vida como ella misma. Sostenía la fusta en su mano enguantada, y el pantalón blanco y las botas de montar no hacían sino realzar la firmeza de sus bellas piernas y muslos.

Había surgido entre los árboles, deteniendo su montura junto a la mía. Cambiamos una mirada risueña. Sonreí, inclinando la cabeza.

—Tiene toda la razón, Carol —admití—. ¿Vamos allá?

—¡Vamos, cazador! —me alentó ella.

Y juntos emprendimos el galope a través del bosque, en pos de la zorra.

Era una tontería, pero impensadamente, mientras cabalgaba junto a Carol Gordon, unas palabras del misterioso visitante nocturno golpearon mi mente:

«—¡Guárdese de mí… y de otras personas! ¡Especialmente de una mujer! ¡Una mujer… que también es hembra-lobo…!».

* * *

La escalera estaba desierta.

Posiblemente, todos dormían. No había ruidos en la mansión señorial de lord Ashton. El día había sido duro y ajetreado. Estábamos necesitados de descanso. Sólo que yo no quería descansar. O tal vez no podía…

Miré el largo corredor artesonado, rico en cuadros de cacerías, y en retratos de los antepasados de lord Ashton. Las luces brillaban en

las paredes de madera rústica, lo mismo que en la escalera descendente y abajo, en el suntuoso vestíbulo.

La caza del zorro, el ágape al aire libre, el regreso a la casa, la cena y los licores, habían mermado nuestras energías. Yo sentía sueño, dolor muscular, irritación en los ojos. Pero no podía ni quería dormirme. No aún.

Afuera, al menos, no parecía existir el peligroso presagio para los hombres-lobo. La noche no sólo estaba intensamente nublada, con un cielo encapotado y sombrío, sino que soplaba un aire frío, invernal, que hacía crujir los arbustos del amplio jardín o se filtraba, sibilante, dentro de la casa, por cualquier rendija. Ese aire, además de frío, era intensamente húmedo. La radio y la televisión habían coincidido en sus boletines del tiempo: se aproximaba un fuerte temporal. Lluvia, aparato eléctrico y todo eso. Que yo supiera, los licántropos no elegían noches así para atacar. Sencillamente porque en ellos no se operaba la metamorfosis si no existía luna llena bien visible.

Ésa, cuando menos, había sido siempre la ingenua tradición. Las palabras del doctor Lennox, hombre de ciencia, habían venido a darle a ello un tinte casi solemne. Y, además, estaba mi fantástico visitante de la noche anterior, el hombre-lobo de palabra amistosa y de trato cortés…

Y ahí era donde empezaban mis dudas, donde se confundía mi mente. Si un hombre se podía transformar en lobo, y ya era mucho suponer…, ¿por qué continuaba conversando correctamente con los demás, sin emitir gruñidos ni atacar salvajemente a su presunta víctima?

Eso era algo que no entendía. Y quería entenderlo.

Por ello había salido de mi alcoba en plena noche. Mientras todos parecían dormir, reposar del fatigoso día de caza, esperando al siguiente y último del *week-end*, antes de regresar a la cotidiana vida londinense, yo había saltado de mi cama, me había enfundado el batín de seda, y descendía al piso bajo. En busca de algo.

En busca de algo que encontraría en la biblioteca, sin duda alguna.

Un libro.

Solamente eso: un libro.

Mientras había estado tomando el aperitivo con lord Ashton, esa misma noche, antes de la cena, mis ojos se habían fijado, por encima de la copa de oporto, en el lomo de un volumen, situado en la
letra L
de las amplias y repletas estanterías del aristócrata: *Licantropía. Leyenda y análisis de un fenómeno nunca comprobado*.

Éste era el libro que yo buscaba. Un volumen de oscuro, fuerte, casi significativo color rojo…

* * *

Licantropía. Éste era el volumen.

Tendría unas quinientas páginas, con numerosas ilustraciones. Algunas, extraídas de los subproductos de Hollywood sobre el tema. Hombres-lobo, metamorfosis extrañas, reproducidas por artistas desde el medioevo hasta nuestros días…

Magia, brujería, alquimia, zoología, animalismo… y, finalmente, el mito: el hombre-lobo en sí.

Me acomodé en una butaca, frente al hogar. El fuego de la chimenea apenas si era ya un montón de pavesas y cenizas con rescoldos. El reloj de pie, en su rincón, desgranaba lentamente los minutos, y marcaba, en su dorada esfera de caracteres romanos, exactamente la una y veinte minutos de la madrugada.

Aun sin apenas lumbre en el hogar, se estaba allí muy confortablemente. Arrellanado en el asiento, leí los pasajes del libro que me atraían especialmente con un influjo casi magnético.

Mis amigos y mis admiradores de ensayos biológicos, se hubieran quedado de una pieza, viendo al muy realista y positivista Claude Bellamy, estudiando un tema tan disparatado y falto de lógica como aquél.

Y, sin embargo, yo había visto con mis propios ojos a un auténtico hombre-lobo…

¿O fui víctima de un engaño perfecto, incluso demasiado perfecto para ser engaño?

La respuesta, posiblemente, estaba en aquel libro. Era de un

autor, destacado en el estudio de las Ciencias Ocultas. Pero quizá el enigma no tuviera respuesta…

Encontré el tema en el último tercio del volumen. Tras hablar de los supuestos casos de licantropía producidos en Europa central, casi siempre basados en leyendas, supersticiones populares o en la existencia de hombres atrasados mentales, velludos y deformes, a los que el miedo de las gentes atribuyó facultades diabólicas, se enfrentaba con el mito, sin evasivas. Y hablaba de él en estos términos:

> … De ser ciertos los casos de licantropía en los humanos, esto es, la conversión de un hombre en un monstruo mitad hombre mitad lobo, con la apariencia de este animal, con su vello hirsuto, su aire feroz y sus colmillos y fauces, agresivo y cruel como el más sanguinario animal, tendríamos como únicos hechos ciertos, repetidos hasta la saciedad por profanos, por el populacho, por gentes de toda condición social, e incluso a veces, excepcionalmente, por personas cultas, instruidas y de inteligencia avanzada, que un elemento es básico en esa horrible metamorfosis: la luna llena.
>
> El origen de la leyenda, pues, es perfectamente absurdo, puesto que los rayos lunares no pueden tener en el ser humano otra influencia que la puramente psíquica, ya demostrada en ocasiones, de alterar el equilibrio mental de personas sensibles, nerviosas, irritables, y muy especialmente, de personas neuróticas o esquizofrénicas. En su condición puramente magnética, la luna, como influye en las mareas, pongamos por caso, podría influir en la mente humana, pero no en una transformación física como la estudiada aquí. Por ello, insisto, volvemos a la superstición de las gentes simples e ignorantes, que acaso vieron a personas anormales, a epilépticos y casos parecidos, agravarse hasta extremos increíbles bajo la luz lunar, y ello dio pie a la leyenda.
>
> De todos modos, insistimos en que el supuesto hombre-lobo, sólo podría convertirse en tal clase de atroz criatura, de ser cierta la leyenda, bajo la luz lunar… y siempre que anteriormente hubiera sido inoculado del mal, por la mordedura de otro hombre-lobo, o cosa parecida. Así, tendríamos a ese ser eternamente condenado a transformarse en noches de luna llena, para volver a la normalidad en el resto de los días. La fábula es interesante y pintoresca, pero no puede pasar de ser justamente eso: una fábula.
>
> Sin embargo, algún científico ha afirmado que existen tales entes monstruosos, y que cuando la transformación se opera en ellos,

> dejan de poseer toda humana condición para ser sólo bestias feroces y astutas. Antes, mientras son humanos, luchan por evitar lo que es ya inevitable en su naturaleza, pero apenas aparecen los primeros rastros de vello en sus manos y rostro, ya dejan de ser humanos, pierden su voz normal, sus reacciones civilizadas, para ser sólo animales que rugen y muerden… Al volver a la normalidad, recuerdan con horror lo que hicieron y lo que fueron, pero nada pueden hacer, los desventurados, por impedirlo ya, a menos que alguien les mate a tiros. Y, según se dice, solamente una bala de plata en el corazón, puede acabar con el hombre-lobo, puesto que, en caso contrario, resucita de su muerte aparente, para seguir atacando a los humanos, ya transformado eternamente en lobo o en vampiro…
>
> Cito aquí este pasaje pretendidamente serio, con muchas reservas. Estoy seguro de que todo forma parte del mito. Y seguiré creyéndolo… en tanto no vea ante mí a un auténtico hombre-lobo, cosa que jamás me ha sucedido, por supuesto. Ni creo que llegue a sucederme jamás…

Ahí terminaba la alusión a las características del hombre-lobo. Me quedé perplejo, abstraído, sintiendo un extraño frío hurgando mi espina dorsal. El fuego se había extinguido ya totalmente, y en la biblioteca comenzaba a hacer frío. O tal vez era yo quien lo tenía en esos momentos, por razones ajenas al clima reinante.

Yo sí había visto un hombre-lobo. Y casi podía jurar que era real, auténtico.

Por otro lado, algo estaba en desacuerdo con el mito y sus términos conocidos de siempre. Por ello había consultado aquel libro. Estaba seguro de que algo andaba mal en mi rara y alucinante experiencia de la noche anterior.

Porque yo estuve hablando con aquel hombre-lobo. Y él era un ser humano en palabras, en reacciones y sentimientos… hasta que apareció la luna llena en el cielo. Pero es que antes de aparecer esa luna redonda, tras las nubes, mi visitante ya tenía el vello, las zarpas, los colmillos y fauces de un lobo… pero obraba y hablaba como un ser humano.

Eso no encajaba en la tradición. ¿Por qué?

Sabía que algo me había intrigado esa noche, y era tal circunstancia. Suponiendo que mi visitante fuese un ser contaminado por la mordedura de otro hombre-lobo, y ya era

mucho suponer…, ¿por qué se transformó en bestia humana, y sin embargo siguió siendo consciente de sus actos, y me advirtió amistosamente del peligro que existía?

No. Eso no encajaba en la leyenda de los hombres-lobo de centroeuropa.

Y, sin embargo, había sucedido así. Contra toda tradición y antecedente. Contra lo que parecía ser ritual de la diabólica maldición de los licántropos…

Cerré el libro, con un suspiro. Me sentía tremendamente ridículo. Yo, Claude Bellamy, leyendo cosas así. Yo, un biólogo realista y frío… ¡estudiando la leyenda de los hombres-lobo…!

En pleno siglo XX, en una finca señorial británica, durante unos días de vacaciones, cacerías, buen yantar y degustación de los mejores vinos y del viejo *whisky* escocés de lord Ashton, en sus barricas de roble de la gran bodega…

No tenía sentido. Era absurdo. Pero… me sentía preocupado. Lo seguiría estando, mientras no supiera dónde terminaba la verdad y empezaba la fantasía, respecto a aquel increíble visitante de madrugada, de fauces babeantes, hocico húmedo, ojos enrojecidos y crueles, piel cubierta de hirsuto vello rojizo, de auténtico lobo…

Y, además, estaba aquello otro. Su extraña insinuación. La advertencia de una determinada mujer. Una mujer que era hembra y lobo a la vez…

El roce húmedo en mi nuca, el aliento, el contacto mojado, me hizo pegar un respingo, con un escalofrío que me sacudió como un trallazo helado.

Al mismo tiempo, afuera, restalló el primer estampido de la tormenta. Un trueno demoledor, formidable, que agitó los vidrios y los muros de la casa, haciendo oscilar violentamente las luces eléctricas. Luego comenzó a llover de forma ruidosa y torrencial.

Me volví, sintiendo erizados los cabellos de mi nuca, allí donde alguien me había rozado con su aliento húmedo y cálido…

—¡Valerie! —exclamé, aliviado, y también hondamente sorprendido—. ¿Qué haces tú aquí a estas horas?

Valerie Ashton me miró con sus grandes ojos, dulces y risueños, inteligentes y maliciosos a la vez. Parecía sobresaltada y confusa

por lo anormal de mi reacción. El volumen sobre licantropía yacía a mis pies, abierto, mostrando su encuadernación roja.

—Acabo de llegar —suspiró—. Una avería en el coche demoró mi viaje… Creo que no es un recibimiento demasiado cálido el que ofreces a tu prometida, Claude querido…

Y tenía toda la razón del mundo.

CAPÍTULO III

El «Rolls Royce» último modelo, aparecía en el claro en forma de herradura, ante la mansión campestre de lord Ashton. A su sobriedad habitual de líneas, unía las últimas innovaciones de diseño y técnica. Pero eso no le impedía sufrir averías, como a cualquier otro coche más humilde. Comparado con mi «Morris», por ejemplo, le hacía a uno sentir complejo de inferioridad. Pero, repito, no estaba libre de averías. Y serias, además, como la que le ocupaba.

Delante, como un contrasentido, estaba la furgoneta todo-terreno que, conducida por un lugareño en buenas relaciones con el dueño de la finca, había remolcado hasta allí el soberbio «Rolls» de Valerie Ashton.

—Eso tiene gracia —comenté, dando una suave palmada afectuosa a la carrocería gris plata del «Rolls».

—Pues yo no se la veo por ningún lado —protestó Valerie, muy indignada.

—Deberías llevar con el equipaje una bicicleta. Y cuando ocurra algo así, podrás llegar a tu destino más fácilmente —insinué, irónico.

—Eso sí que es gracioso —refunfuñó ella, arrugando el ceño—. ¿Ese sentido del humor te lo ha contagiado el ambiente? ¿O tuviste suerte en la caza del zorro, esta mañana?

—La misma suerte de siempre —me lamenté—. Tres veces pasó ante mi fusil, sin que atinara a darle caza.

—¿Quién lo hizo, por fin? ¿Papá, o el doctor Lennox?

—Frío, frío —reí—. El sexo débil nos da lecciones a todos. Fue Carol la cazadora que cobró la pieza.

—Carol… —un relampagueo de ira cruzó los ojos de Valerie. Sus labios se apretaron, con expresión de disgusto—. Ella tenía que ser…

—Toda una mujer, ¿no crees? —comenté, sin dejar de observarla de reojo, ya a refugio de la lluvia torrencial, en el porche de la casa, mientras los relámpagos iluminaban el cielo nublado, tan negro y sombrío que la luna llena de aquella noche era pura hipótesis, invisible por completo a nuestros ojos.

—Sin duda. Carol Gordon es toda una mujer. En muchos sentidos —indicó, sarcástica.

—Si la hubieses visto cabalgar… Era como una walkiria wagneriana. Parecía haber nacido pegada a la silla del caballo…

—Yo juraría que nació pegada a los pantalones de algún hombre rico —dijo secamente la joven.

—Vaya, eso suena fuerte, ¿no crees? —vacilé, irónico.

—Sabes que tengo razón. Persigue indignamente a papá. Porque es lord Ashton y porque tiene fortuna. Su porte de gran dama es pura farsa.

—Tu padre es un hombre atractivo, Valerie. Tal vez se enamoró de él.

—Papá le lleva casi treinta años. No creo en esa clase de amores.

—¿No te gustaría que Carol Gordon fuese tu madrastra futura, Carol Ashton? —insinué, malévolo, adoptando mi mejor aire ingenuo.

Ella me fulminó con su mirada. Vi reflejado en sus ojos pardos, tormentosos, el zigzag lívido de un rayo. Sus labios se entreabrieron para disparar unas pocas palabras furibundas:

—Antes de eso, sería capaz de matarla, Claude —dijo con acritud.

Y dio media vuelta, airada, metiéndose en la casa, mientras el diluvio golpeaba despiadadamente la carrocería gris-plata del «Rolls».

Yo la seguí, pensativo, diciéndome que Valerie estaba muy agresiva esa noche. No supe si por la tormenta, por la avería del coche, o por la cacería en la que Carol Gordon, la rubia y esplendorosa Carol Gordon, fue protagonista principal.

Al pasar ante la iluminada puerta de la biblioteca, ya descendía lord Ashton, envuelto en un batín color ocre, de seda, al encuentro de su hija, cuya llegada había revolucionado la casa entera, casi a las dos de la madrugada, coincidiendo con el temporal.

Valerie se detuvo de pronto, mirando al interior de la biblioteca

con curiosidad. Me echó una ojeada de soslayo, puso una mano pálida y aristocrática en mi brazo, y me señaló, pensativa:

—Tu libro se quedó en el suelo, Claude —seguí ahora su mirada hasta el volumen rojo, caído en la alfombra.

—Cierto —asentí, algo nervioso—. Iré a ponerlo en su sitio. No podía dormir, y bajé a leer un poco. Creo que presentía la tormenta, y mis nervios lo acusaban.

—Ya —Valerie Ashton me miró, antes de ir al encuentro de su padre. Y al alejarse, soltándome el brazo, le oí susurrar—: Pero no creo que el tema de los hombres-lobo sea lo más adecuado para calmar los nervios una noche de temporal…

—No pude responder nada a eso. Ya Valerie estaba en brazos de su padre, explicándole lo sucedido con su coche. Entré en la biblioteca con lentitud y me incliné sobre el volumen abierto, de roja piel. Lo tomé, cerrándolo. Empecé a incorporarme. Entonces vi las piernas de mujer frente a mí. Y los zapatos de tacón. Elevé los ojos.

Llegué hasta unos muslos firmes y bien torneados. La bata era mínima, más corta que una falda a la última moda de Carnaby Street. Permitía admirar las piernas más bellas que recordaba haber visto en mucho tiempo.

Luego, mis ojos se encontraron con un seno agresivo, una sonrisa maliciosa, una cabellera rubia, abundante. Carol Gordon, la cazadora del zorro aquella mañana, me sonrió, llevándose un dedo a los carnosos labios, en demanda de silencio y discreción. Estaba en pie, junto al ventanal, entre éste y las estanterías. Un cortinaje y el saliente de madera de los estantes bibliotecarios, la cubrían a la vista de quien estuviese fuera de la estancia.

—¿Ocurre algo? —musité, en tensión. Y caminé con el volumen hacia el lugar de emplazamiento inicial. Al hacerlo, pasé junto a Carol. Sus pechos me rozaron. Añadí, en un murmullo apagado—: ¿Qué hace usted aquí ahora, Carol?

—No hable —susurró—. Ocurre algo en esta casa. Se lo diré luego. Guarde ese libro. No creo que convenga andar exhibiéndolo por ahí… precisamente ahora.

«Precisamente ahora…».

Carol Gordon sabía que el libro era de licántropos. También lo sabía Valerie. Las mujeres eran muy observadoras.

Lo extraño era la alusión de Carol, oculta en la biblioteca, sin saber siquiera sus motivos: no era conveniente, según ella, andar leyendo aquel libro, precisamente ahora.

La cabeza empezaba a darme vueltas. Me sentía como preso en una tupida malla pegajosa, como una telaraña mortal. No entendía nada. Lo que solamente veinticuatro horas era un disparate ridículo, un tema de conversación en la reunión de sobremesa, se estaba convirtiendo, paulatinamente, en una pesadilla obsesiva, que sentía materializarse en torno mío de modo inexorable.

Volví a mirar a Carol. Desde su rostro rodeado del rubio nimbo de su cabello, hasta sus bonitas piernas desnudas, bajo el corto batín de tejido translúcido, amoldado a sus formas exuberantes.

Ella volvió a indicarme silencio con un dedo en sus labios. Sonrió al apoyar yo la mano en el interruptor de la luz, y asintió.

Luego apagué la lámpara central, la soberbia araña de veinticuatro brazos en forma de cirios, perdidos entre irisados cristales de roca.

Cerré tras de mí. En la biblioteca oscura se quedó el libro de licantropía. Y también Carol Gordon, misteriosa como nunca. Me pregunté qué estaría haciendo allí. Pero no di con ninguna respuesta razonable. Y tuve que olvidar el asunto, porque Valerie y su padre estaban en el vestíbulo esperándome. *Sir* Richard Hobson, con su inseparable bastón negro, de empuñadura de plata, descendía por las escaleras del vestíbulo, mascullando una retahíla de maldiciones entre dientes, a medio vestir.

Afuera, el tronar era ya un tamborileo constante, haciendo vibrar los muros. Las luces seguían oscilando, a cada trallazo del rayo en la negra noche lluviosa.

—¿Qué mil diablos sucede ahora, para que le despierten a uno a semejante horas? —se lamentó *sir* Richard, ya junto a ellos.

—Solamente un temporal muy ruidoso —reí entre dientes—. Y Valerie que ha llegado, aunque… tarde.

—Siempre amable, mi querido Claude —Valerie me dirigió una mirada aviesa, y luego terminó riendo, encaminándose a mis brazos —. Pero te quiero, tonto. Te quiero de corazón, aunque a veces resultes ligeramente insoportable.

Nos besamos. Después de todo, ella sabía cómo era ella. Nos comprendíamos perfectamente. Al abrazarla contra mí y tocar sus

labios húmedos, con los míos resecos, nuestros ojos se encontraron en un impacto mudo, muy cerca unos de otros. En su fondo se reflejó el fulgor de un relámpago, el filtrarse por un ventanal del vestíbulo. Los hermosos ojos de Valerie parecieron, por un momento, del lívido color fantasmal de la tormenta, del rayo en el negro intenso de la noche.

La luz de ese relámpago hizo oscilar violentamente las luces mientras restallaba el trueno, tan próximo que nos ensordeció a todos.

En el parpadeo de la luz, vi tras Valerie, erguida en las escaleras, con su boca sin sonidos, con sus enormes y bellos ojos elocuentes y lejanos, a Dorothy Fletcher, la muchacha muda, mirándome fijamente, con una extraña expresión…

Llevaba un largo *deshabillé* blanco, que parecía hacerle flotar, fantasmal, en los escalones. La miré y me miró.

En ese momento se extinguieron todas las luces de la casa.

Y en la oscuridad repentina, en alguna parte, un aullido bestial, inhumano, rasgó las tinieblas. Luego alguien, un ser humano, gritó en la agonía desgarradoramente…

* * *

Fue un momento de terrible confusión.

La oscuridad era total, salvo los centelleos allá afuera, tras las vidrieras del vestíbulo. La lluvia caía torrencialmente sobre el extenso jardín, tamborileando, ruidosa en la hojarasca y en los techos del edificio y los cobertizos anexos.

Yo tenía entre mis brazos el cuerpo esbelto y cálido de Valerie, que temblaba, oprimiéndose contra mí en la sombra. Recordaba vagamente la silueta blanca, espectral, de Dorothy Fletcher, la muchacha muda, erguida en la escalera. Incluso creía avistarla borrosamente, al reflejo de la tormenta eléctrica, allá frente a mí.

Lord Ashton y *sir* Richard estaban cerca de mí. Carol Gordon, oculta en la biblioteca, por razones misteriosas.

Y en alguna parte, al hacerse la oscuridad y estallar una chispa eléctrica no lejos de la casa, alguien había gritado como se grita al morir.

Y junto a ese grito de muerte, se había percibido algo más terrible todavía: un rugido animal indescriptible. Algo que yo hubiera jurado procedía de la garganta de una bestia salvaje y feroz: quizá de un lobo.

O… de un hombre-lobo.

—¿Qué ha sido eso? —se escuchó la voz jadeante de lord Ashton, cerca de mí.

—Claude, ese aullido… —oí musitar a Valerie, entre unos escalofríos—. ¿Qué clase de animal… pudo emitirlo?

—No sé —susurré—. Pero habrá que averiguarlo, y pronto. La persona que gritó parecía realmente en apuros. Lord Ashton, ¿dónde están los interruptores de la luz del edificio?

—Atrás, en el acceso a las bodegas —me informó el noble—. Pero hay un sistema automático que presta luz de emergencia cuando se sufre una avería como ésta…

—¿Y cuánto tarda en funcionar ese sistema automático?

—Ya tendría que estar funcionando…

—Entonces, no esperaremos a ver si se hace la luz o no. Traiga lámparas eléctricas y armas.

—¿Armas? —se asombró Lord Ashton.

—Eso dije, sí —afirmé secamente—. Armas de caza. Posiblemente haya que cazar esta noche algo más que un zorro, lord Ashton.

—No le entiendo, mi querido Claude…

—Dejemos ahora la charla. La luz no vuelve —aparté suavemente de mí a Valerie, pero sin soltarla del todo—. Vamos, hay que buscar.

—Buscar… ¿qué? —refunfuñó *sir* Richard.

—El motivo de ese grito… y el origen de ese aullido.

Otros huéspedes del padre de Valerie aparecían ya por doquier. Vi linternas pequeñas, de bolsillo, danzando en la sombra. Otros prendían fósforos o encendedores de gas. Porter, el mayordomo de la casa, apareció con un candelabro de seis brazos, y otras tantas velas ardiendo. Todo ello nos prestó una claridad difusa, espectral. Pero no mejoró grandemente el clima de rara tensión que vivíamos.

Lord Ashton dijo algo a Porter. Éste asintió, regresando en seguida con un par de rifles de precisión, calibre 44, y dos revólveres «Colt» cargados. Yo tomé un revólver, lord Ashton un

rifle, y otros huéspedes nos imitaron, aunque en pleno desconcierto. Traté de poner cierto orden en el grupo.

—Yo les guiaré —dije—. Vamos inicialmente a ver si reparamos la avería en el fluido eléctrico. Pero algo sucede fuera de esta casa. No sé lo que ello sea, ciertamente. No les extrañe si algún merodeador peligroso anda por la finca. Si se ven forzados a ello… disparen. Incluso a matar. Pero no cometan trágicos errores.

—Habla usted de un merodeador —dijo lord Ashton—. ¿Qué clase de merodeador, Claude?

—No lo sé —me encogí de hombros, sin atreverme a anticipar acontecimientos. Y añadí, precavido—: Incluso sería posible que se tratase de algún animal salvaje. La tormenta pudo asustarle y traerlo aquí.

—¿Un jabalí, un zorro…? —sugirió *sir* Richard, ceñudo, flotante su pálido rostro en la penumbra del vestíbulo iluminado por velas.

—O tal vez un lobo —dije secamente.

Valerie me miró, sorprendida. Su voz serena no tardó en replicarme:

—Aquí no hay lobos, Claude. Y tú lo sabes.

—Cierto —admití—. Era sólo una remota posibilidad. Vamos ya.

Solté a Valerie, que seguía mirándome con franca extrañeza. Lord Ashton y otros me siguieron. La posesión del revólver de chato cañón y seis balas en el cilindro me daba cierta confianza, aunque nunca he sido partidario de las armas de fuego. En realidad, era como si muchas cosas empezasen a cambiar en mí. Y ni siquiera sabía aún por qué.

No era cómodo ni fácil abandonar la casa. La lluvia formaba una cortina densa, ruidosa. El suelo formaba una enorme laguna, donde los pies se hundían, chapoteando. Y pronto se empapaba uno bajo el azote del aguacero. No llevábamos prendas adecuadas para semejante intemperie, aunque Porter, siempre eficiente, había traído consigo unas lonas impermeabilizadas. Yo rechacé la que me correspondía, y opté por desafiar el temporal sin protección alguna.

Rodeamos el edificio. Llevaba a bastantes amigos y compañeros de *week-end* tras de mí, dispuestos a lo que fuese. Yo me adelanté, a grandes zancadas, buscando el acceso a las bodegas, entre el edificio

principal y el cobertizo destinado a garaje. Más allá quedaban las caballerizas y las dependencias de servicio de la propiedad.

Encontré pronto el alto poste y la caja metálica, con el distintivo de alta tensión y un aviso pidiendo precauciones a quien manipulara en todo ello. Contemplé la tapa abierta, los interruptores, el automático…

Sentí un escalofrío. Ciertamente, los fusibles estaban quemados por algún chispazo eléctrico. Pero eso no era todo. Alguien había arrancado brutalmente el sistema automático, desgarrando cables y conexiones… y dejando tres o cuatro regueros de sangre goteante, de un violento rojo oscuro.

Era igual que si la zarpa de un monstruo hubiera caído sobre el interruptor, en el momento del estallido eléctrico, inutilizando el automático y dejando sobre el muro de ladrillo aquella huella sangrienta y estremecedora.

Dirigí mi lámpara eléctrica, que sujetaba en la mano zurda, sosteniendo en la diestra el revólver, hacia la escalera que conducía a las bodegas. La puerta metálica estaba abierta, algo más allá de la caja de fusibles y conexiones del tendido eléctrico rural. El viento y la lluvia la hacían oscilar, chirriante, golpeando de modo lúgubre sobre el marco también metálico, aplicado al muro de ladrillos.

Dudé un momento. Miré atrás. Había perdido momentáneamente de vista a mis compañeros. Yo iba solo ahora, en vanguardia. No resultaba muy tranquilizador seguir adelante, sin esperar a los demás. Y menos con lo que reveló, de súbito, en tierra, mi lámpara eléctrica.

El pequeño círculo de lechosa luz siguió el reguero de oscuros goterones rojos.

Una pista de sangre…

Me incliné. Toqué con un par de dedos una de aquellas manchas redondas. Al retirar la mano, vi manchas rojas en mi piel. La sangre estaba fresca. Era reciente…

Me decidí. Aunque un silencio enervante presidía la oscuridad, allá ante mí, acaso mi prontitud en acudir pudiera salvar una vida humana. Cuando menos, debía intentarlo.

Y lo intenté.

No esperé a nadie. Avancé, cruzando el umbral en sombras, tras empujar con mi pie la chirriante puerta metálica. Me encontré ante

una escalera angosta, por la que descendí, con rapidez, pero sabiendo siempre dónde ponía el pie. Me precedía el cerco de luz de la lámpara, revelándome los escalones por los que iba hacía la bodega donde lord Ashton guardaba su mejor oporto, su más viejo *whisky* y sus selectos vinos en polvorientas botellas.

Las gotas de sangre continuaban en tierra, descendiendo ante mí. Al fin, la lámpara centró su luz en un charco oscuro, viscoso y repulsivo. La sangre coagulada brilló mortecina al recibir la luz.

Levanté poco a poco ese círculo de claridad… y le vi.

Estaba allí, tendido, jadeante. Con un jadeo ahogado, que era todo un estertor agónico. Me quedé petrificado por el horror.

Un horrible zarpazo le había desgarrado el cuello de lado a lado. La sangre corría sobre sus ropas y sobre su piel. Otro zarpazo le arrancó un ojo, vaciándole la cuenca, de la que colgaba ahora un amasijo sanguinolento. Estaba muriéndose, encogido contra el muro de ladrillos, no lejos de una barrica de roble destinada al *whisky*. Las telarañas de la bodega se adherían a su vello rojo e hirsuto.

Porque aquel ser agonizante que me contempló desde la oscuridad con su único y terrible ojo encendido, babeantes sus fauces, centelleando sus colmillos bajo el morro húmedo y negro… era un hombre-lobo.

El mismo hombre-lobo que me visitó la noche antes en mi alcoba.

CAPÍTULO IV

Me incliné junto a él. Traté de entender. Mi mente era una pura confusión.

—¿Qué ha sucedido? —musité—. ¿Quién hizo esto? Era lógico pensar que usted…, quienquiera que sea… es el que atacaría a los demás…

Su ojo ileso me contempló, implorante. Quiso decir algo. No pudo sino emitir un ronco gruñido animal, entre burbujas de sangre. Su baba goteó ahora roja, desde las calientes y fétidas fauces. El cuerpo vestido de hombre, con ropas oscuras, se agitó en el suelo, erizado su espeso y duro vello rojo.

—Cuidado con… ella… —creí oírle susurrar, con voz inhumana, entre borbotones de sangre.

—¿Ella? —musité—. ¿Quién?

—La mujer-lobo… —farfulló, entre gruñidos de animal moribundo—. Cuidado…

—¿Quién es ella? —le apremié, nervioso, aferrándole aquellas zarpas velludas, que hubieran podido destrozarme, aquellas orejas triangulares, que emergían horriblemente de su ancha faz peluda—. ¿Quién? Dígalo pronto. ¿No ve que se muere?

—Muero… Sí… Muero por… esa maldita… fórmula…

—¿Fórmula? —insistí—. ¿Qué fórmula?

—La… la Fórmula Roja… del doctor Wolf —sollozó, extrañamente humano casi, vomitando sangre de nuevo. Elevó sus zarpas hacia mí, me miró con su ojo terrible, sanguinolento… Luego lo elevó hacia atrás, a algún punto a mi espalda. Y siseó—: Ella… ella viene, lo intuyo… Puedo… olfatearla… ¡Es ella, la mujer-lobo…! ¡La culpable de todo…! ¡Bellamy, no se fíe…!

Volvió a vomitar sangre. Se convulsionó. Sus zarpas se clavaron en mi brazo, desgarrando mi manga. Me aparté, soltándome de aquella presión terrible, que casi tocaba mi piel, a través de las

ropas.

Su ojo se vidrió. Se quedó rígido. El hombre-lobo murió entonces.

Me quedé anonadado. Mentalmente, creí oír el eco vacío y distante de sus últimas y extrañas palabras:

«—Ella viene… Puedo olfatearla… Es ella, la mujer-lobo… ¡La culpable de todo! ¡Bellamy, no se fíe…!».

Giré la cabeza, sobresaltado, logrando arrancar mi brazo a la presión salvaje de ambas zarpas peludas. Miré hacia arriba. Una voz femenina llegó hasta mí:

—¡Claude! ¡Claude! ¿Estás ahí?

Era Valerie, mi prometida.

* * *

Subí lentamente, sintiendo un extraño sabor amargo, y un profundo, sutil, escalofrío sacudiendo mi cuerpo. Me encaré a Valerie Ashton, erguida en el umbral, revólver en mano, pálida y serena. También vi a lord Ashton, intentando reparar la avería, ayudado por Porter, que llevaba encima una lona impermeable.

Me enfrenté a ella, impresionado, tembloroso en el fondo. Tratando de ver en sus ojos un rastro demoníaco de aquella maldición alucinante que podía hacer de una hermosa criatura una loba humana, presta a la metamorfosis horrible.

—Valerie, ven conmigo —susurré—. Verás algo abajo… Algo espantoso…

—¿Qué ha sucedido exactamente? —quiso saber ella, mirándome asustada.

Y emprendió carrera hacia abajo, antes de que yo pudiera evitarlo. Pero mis ojos se quedaron fijos en las personas más próximas a Valerie. A quienes yo no había prestado atención un momento antes, quizá porque la propia cortina de lluvia las envolvía, difuminando sus siluetas.

Muy cerca de Valerie había estado, en todo momento, Carol Gordon… y la silenciosa e intrigada Dorothy Fletcher.

Las miré en silencio. Me sentí lleno de horribles dudas. Pero eso era mejor que sentir sospechas atroces sobre una sola persona, y

que esa persona fuese mi prometida.

¿Carol, Valerie, Dorothy?

Las tres estaban cerca cuando el hombre-lobo de abajo me dijo que «ella», la mujer-lobo, se acercaba, y él podía olfatearla… ¿Cuál de ellas?

—Esto estará en un momento —jadeó lord Ashton, con disgusto —. Pero ¡diablo! Aparte de la descarga eléctrica que ha provocado el cortocircuito, alguien destrozó la caja automática. Y por las trazas, debió ser un animal salvaje, bastante grande. Como un lobo…, aunque aquí no haya lobos.

Yo estaba preocupado por Valerie. Si ella era inocente en todo aquel horror, su enfrentamiento a una realidad tan espantosa, podía producir en ella un impacto demasiado atroz. Corrí en pos de ella, mientras respondía al comentario de lord Ashton.

—Me temo que nos enfrentamos a algo mil veces peor que un lobo vulgar.

Encontré a Valerie, demudada, estremecida, en la escalera descendente. Apoyaba contra el muro su rostro pálido, desencajado. La oí sollozar:

—Dios mío, es terrible. Terrible… Nunca vi nada igual, Claude…

—Ni yo —confesé aturdido. La rodeé con mi brazo—. No debiste precipitarte en bajar. Yo te hubiera explicado primero…

—Claude, ¿es que el mismo diablo anda suelto por este lugar? —musitó Valerie.

—Podría jurar que sí. El más siniestro e increíble diablo que uno pueda imaginarse… Trataré de explicarte algo de todo esto, aunque dudo que yo mismo lo entienda.

—Ha sido espantoso… Como…, como si un gorila le hubiese atacado.

—¿Un gorila? —asentí, sombrío—. Sí, parece obra de un monstruo así, pero dudo que fuese realmente un simio el culpable, Valerie. Vamos, yo te explicaré…

—Cielos, pobre… Pobre doctor Lennox… —lloriqueó, inesperadamente.

—¿Lennox? —la miré, perplejo, sin entender—. ¿Dijiste… doctor Lennox? ¿Qué tiene él que ver en esto?

—Pero, Claude, por Dios, ¿no has reconocido acaso a ese pobre hombre asesinado…? —me miró ella con estupor—. Está claro que

es Lennox, ¿no?

—¿Lennox? —Creí estar a punto de volverme loco—. Pero ¿qué dices, Valerie?

Dirigí de golpe mi linterna al ser de abajo, al hombre-lobo asesinado. En ese momento, me sentí más cerca de la demencia que nunca. Lancé una imprecación, y mi mano tembló, haciendo oscilar la luz por los muros, entre telarañas y barricas de vino y licores.

Pero ya había visto lo bastante.

Mi luz había iluminado lo suficiente. Vi de nuevo el cadáver encogido, junto al charco de sangre, con la garganta destrozada, el ojo vaciado…

Valerie tenía razón. El cadáver era el del doctor Lennox.

* * *

La luz había vuelto a la residencia de lord Ashton.

El automático de emergencia pudo ser reparado, a la espera de que al otro día pudieran reparar la avería principal.

Se alejaba la tormenta, con un lejano, sordo tamborileo. Lloviznaba aún, con gotas gruesas y lentas, cediendo el torrencial aguacero anterior. Y allí estábamos nosotros. Todos nosotros, en el salón principal, rodeando la larga mesa de los ágapes brillantes y sociales.

Ahora no había canapés ni ponche en la mesa. Sólo un bulto cubierto con una sábana. Un cadáver. Un hombre muerto, destrozado a zarpazos por alguien. Alguien que ni siquiera era humano. Que no podía ser humano.

Contemplé la forma, dibujada nítidamente bajo la sábana. Recordé las palabras del doctor Lennox, la noche antes: «Yo he visto a un hombre-lobo, Bellamy. Le asegura que existen. Toda su ciencia está equivocada».

Luego, la visita nocturna. Y había sido el doctor Lennox…, bajo la envoltura siniestra de un monstruo.

Había vuelto a verle con su apariencia lobuna. Agonizando en la bodega. Y ahora, yacía allí, rígido, enfriándose bajo la sábana. Pero volvía a ser el doctor Lennox, simplemente. Si yo hubiera dicho a todos los presentes que vi aquel cuerpo con apariencia de lobo

humano, me hubieran tomado por loco.

Yo mismo llegué a dudar, a no creer en mí mismo, a pensar si estaría demente o sufriría alucinaciones…, hasta que vi mi chaqueta desgarrada, ensangrentada, con la huella de unos garfios clavados en el tejido hasta casi arañar mi piel…

No era ninguna alucinación. Yo vi y toqué a un hombre-lobo: al doctor Lennox que, una vez muerto, volvía a ser un ser normal.

Recordé…

Una bala de plata… La mordedura de un hombre-lobo… La maldición, hasta más allá de la propia tumba… Me llevé ambas manos a las sienes. Me toqué, casi rabioso. Tenía fiebre. Y me palpitaban las venas.

—Tiene mala cara, Claude. ¿Por qué no se retira ya a descansar?

Me volví. Siempre aparecía así… Sin ruido. Como un fantasma. Pero sus formas distaban mucho de ser fantasmales. Como siempre, era una auténtica walkiria wagneriana.

—Sí, creo que debo dormir un poco, Carol —suspiré—. Tal vez cogí frío bajo la lluvia. En realidad, todos debemos dormir. No servimos de mucha compañía al doctor. Él ya no necesita a nadie.

—Seguro que no —la mirada de Carol se clavó en la figura tapada. Creí notar un estremecimiento en su arrogante, sinuosa figura—. Los muertos nunca necesitan a nadie, Claude… si están realmente… muertos.

La miré con sobresalto.

—¿Qué quiere decir? —indagué.

—Nada —respondió suavemente. Volvió su rostro hacia mí. Me sonrió, enigmática—. Ha sido una extraña noche… Valerie llegó tarde, con su coche averiado… Usted olvidó un libro en la biblioteca. Luego, llegó la tormenta, el apagón… y la muerte. Me pregunto qué seguirá después.

—¿Tiene que seguir algo? —dudé.

—La historia no puede terminar aquí —replicó ella.

—Seguro que no —admití—. Scotland Yard llegará a la finca e iniciará sus investigaciones.

—Scotland Yard… —dijo, despectiva—. Hay cosas de las que la policía no sabe gran cosa, Claude.

—¿Qué cosas? —me interesé.

—Las que están más allá del entendimiento humane y de la

razón —me respondió, con tono profundo—. Licantropía, por ejemplo…

—¿Lo dice por aquel libro? —rechacé, tratando de mostrarme indiferente—. Era una simple consulta sin trascendencia. Sabe cómo soy yo, Carol. No creo en cosas sobrenaturales. Todo tiene su explicación natural.

—¿Todo? —insistió ella, con rara entonación.

—Sí —afirmé, aunque interiormente sabía que no estaba siendo demasiado fiel a mí mismo.

Pareció que iba a responder algo. Pero se limitó a sonreír de un modo extraño, enigmático. Sus ojos brillaron, burlones. Luego se alejó, no sin recomendarme trivialmente:

—Hágame caso, Claude. No tiene buen aspecto.

Me quedé junto al ventanal. El cadáver del doctor Lennox reposaba en la mesa, como algo increíble. La gente hablaba en murmullos. El fin de semana y las cacerías se habían echado a perder definitivamente, y todos lo sabíamos. El regreso a Londres se imponía.

Encendí un cigarrillo. Fumé pensativo. Había allí muchas cosas difíciles de entender. Tal vez demasiadas.

Si Lennox era un hombre-lobo, ¿quién pudo asesinarle tan ferozmente? ¿*Otro* hombre-lobo acaso?

La idea me sacudió como un calambre. Aprensivo, miré en torno mío. Lennox había sido aparentemente normal durante muchas noches y días. Y sin embargo…

¿Alguno de los que me rodeaba era el asesino del doctor y, por tanto, un licántropo infernal, sujeto a la rara maldición de los hombres-lobo? Él lo había dicho; una mujer-lobo… Había una hembra que era también monstruo. Y allí, en la casa, solamente había tres mujeres: Valerie, Carol y Dorothy…

Recordé vagamente otra cosa: las extrañas palabras de Lennox, al morir.

«La Fórmula Roja… del doctor Wolf…».

Doctor Wolf… Doctor lobo… Y una fórmula: la fórmula roja…

¿Qué significaba todo eso?

Algo me apartó esas ideas de la cabeza. Giré el rostro, alarmado. Sentí que mis cabellos se erizaban en la nuca.

El ventanal…

Estaba a mis espaldas. Amplio, goteando agua de lluvia, empañado a medias por la diferencia con el exterior.

Setos, arbustos, oscuridad, gotas, de lluvia, Y aquel roce…

Estaba seguro. Había oído un roce en el exterior. Podía ser el viento en los setos o en las copas de los árboles. O una rama, golpeando los vidrios.

O podía ser… el asesino.

El dueño de aquellas zarpas monstruosas y demoledoras. El ser de pesadilla que desgarró el automático de la luz, el cuello y el ojo del doctor Lennox…

Pegué mi rostro al vidrio. Sentí su humedad fría contra mi nariz, mi boca, mi frente. Me hizo bien. Era un fresco alivio a mi fiebre. Traté de ver algo en la noche negra y nubosa, triste y fría. Si había alguien allá afuera, oculto, agazapado entre los arbustos, un diabólico ser condenado a poner su mente humana al servicio del instinto y la furia animal en que una maldición ancestral le convertía a veces… no llegué nunca a descubrirlo.

El frío roce en mi mano, me hizo girar, casi con un respingo de sobresalto. Me controlé en el acto, ante la sonrisa trémula y triste de la muchacha. Dorothy Fletcher aparecía angelical incluso ahora, en aquella fantasmal reunión de madrugada en torno a un cadáver horriblemente destrozado, que la sábana envolvía en aquella mesa destinada a fiestas y reuniones de sociedad.

—Dorothy… —musité, tranquilizándome. Estudié su boca muda, apretada—. ¿Asustada, acaso?

Asintió con la cabeza, despacito. Creí leer ese miedo en sus ojos abiertos. No podía hablar, pero su gesto siempre era elocuente. Yo la entendía sin palabras.

—No debe temer nada —le dije, oprimiendo su mano con calor —. Acostumbran a suceder cosas así en estas regiones. Un animal salvaje se acercó a la finca y atacó al doctor. Eso es todo.

Ella dudó. Movió la cabeza de lado a lado, sin quitarme la mirada de encima. Me sentí incómodo. No se creía mucho esa versión de los hechos. Señaló al exterior, a través del ventanal. Sus ojos revelaron aún más inquietud.

—¿Afuera? —creí interpretar. Y ella asintió. Negué, rápido—. No, no hay nada ni nadie. No existe peligro alguno para nosotros, puede estar segura, Dorothy. Usted estudia Biología. Usted sabe que

no existen cosas que no sean perfectamente naturales. Un ser humano no haría ese destrozo a un hombre. Por tanto, no hay asesinato. Y no hay criminal. De modo que tampoco existe merodeador alguno. Sólo un animal salvaje, al que hay que dar caza, como sea.

Ella reflejó una enorme interrogante en su gesto y ademán. La entendí. Preguntaba, sin palabras, qué clase de animal podía, en aquella región, atacar de ese modo a un hombre.

Hubiera querido tener una respuesta, pero es difícil convencer a una mujer que estudia. Traté de salirme por la tangente, con una explicación evasiva, al tiempo que iniciaba mi retirada.

—No sé qué animal pudo ser, Dorothy. Eso, lo dirá la autopsia. Es posible que, pese a no ser región de lobos, uno de ellos atacase al doctor. O acaso un animal escapado de un circo o de un zoo, no sé… Scotland Yard resolverá eso en breve, va lo verá.

Ella se quedó muy dubitativa, mirándome con reproche, como acusándome de embustero. Sentí vergüenza de ello, porque, en realidad, tenía mucha razón aquella muchacha desprovista de voz.

Caminé hacia la escalera, decidido. *Sir* Richard, apoyado en su bastón, maldecía entre dientes por la mala noche que estaba pasando, y por haber ahuyentado el sueño de aquella serie de sucesos desagradables. Pero el viejo aristócrata decía todo eso con un alto vaso mediado de *whisky* sin hielo en su mano.

Pasé junto a él sin hacerle caso. Pero *sir* Richard Hobson me retuvo, malicioso.

—Cuidado, mi joven amigo —mascullό—. Si Valerie le ve demasiado a menudo con esa joven señorita Fletcher, es capaz de sentir celos. No me diga que porque ella es muda, no hay motivo para celos. ¿Ha visto algo más perfecto que una mujer sin la facultad de la palabra?

Rió su propio chiste como sí realmente tuviera gracia. Hice una sonrisa de circunstancias y me escabullí.

—Me duele mucho la cabeza, *sir* Richard. Voy a descansar un poco, si es posible. Aquí no hacemos ya gran cosa por el pobre doctor…

—Cierto. Pero me siento desvelado. —Y nervioso tomó un trago de su «medicina» escocesa—. Más tarde me iré a descansar, aunque no duerma. Ese pobre Lennox… ¿Recuerda cómo hablábamos

anoche de los hombre-lobo y todas esas paparruchas? Pues su final no se diferencia mucho del que él nos contó sobre aquella víctima del hombre-lobo… Mi querido Bellamy, ¿usted cree en los licántropos?

Le miré ceñudo. Sacudí negativamente la cabeza, iniciando el ascenso de la escalera.

—No —negué—. No puedo creer en cosas así, *sir* Richard. Ya sabe mi modo de ser y de pensar.

—Oh, sí, ya sé. El hombre que sólo acepta lo natural. No sería mala cosa que existiera algo fantástico y aterrador. Un buen susto iría bien a algunas personas. Sin ir más lejos, a esa jovencita muda con quien hablaba… ¿Sabe que Dorothy Fletcher se quedó muda a causa de una terrible impresión, hace años…?

Subí, sin responderle. No, no sabía eso. Carol Gordon no me había explicado las causas de su mudez. Pero si un susto la dejó sin voz, resultaba dudoso suponer que otro mayor le devolviese tal facultad. Y, ciertamente, la posibilidad de una impresión terrorífica era bastante previsible ahora…

Llegué a la planta alta. No había nadie arriba. Todos seguían en torno al cuerpo de Lennox, como hipnotizados. Caminé corredor adelante. Me detuve ante una de las puertas entornadas. Era el dormitorio de Lennox, bien lo sabía yo. Sacudí la cabeza. Pobre doctor…

Me acerqué, por simple curiosidad. Empujé la puerta, que cedió con un leve chirrido. Di la luz.

Me eché atrás estupefacto. Mi cuerpo sufrió, una vez más, la helada convulsión del temor a lo inexplicable…

Todo estaba revuelto, removido, desgarrado. Ropas de cama, ropas del doctor, equipaje, muebles… Como si una fiera monstruosa hubiera pasado por allí a zarpazos.

Y al fondo, la ventana abierta se asomaba, con sus vidrios rotos, a la noche sombría, goteando aún la lluvia allá afuera…

CAPÍTULO V

Retrocedí, angustiado. Cerré de nuevo la puerta.

No quería avisar a nadie de lo sucedido. Eso sería provocar nuevas confusiones. Era mejor que lo descubriesen por la mañana. Y que la policía se las arreglase con aquel enredo.

Indudablemente, el visitante de la alcoba de Lennox era un ser rabioso y desesperado, En mi rápida, atónita ojeada, había llegado a ver el desgarrado colchón, las ropas desgarradas, el destrozo total, la convulsión, de muebles, objetos, cortinas, marcos, espejos…

Entré en mi habitación, lamentando no haberme quedado con el revólver de lord Ashton. Cerré, girando la llave y asegurando el pestillo. Atranqué los postigos de la ventana, eché las cortinas y me sentí más tranquilo. De mi equipaje, obtuve una navaja, no demasiado grande, y la puse bajo mi almohada. Me sentía, por primera vez en mi vida, terriblemente inseguro.

Por fortuna, la ventana que destrozara el hombre-lobo —ahora sabía que fue el doctor Lennox, en su *otra* personalidad de licántropo humano—, había sido reparada convenientemente aquel día, y era una posible defensa contra *algo o alguien* que pudiera acecharme allá afuera, en la noche oscura y fría.

Caminé hacia el armario, alto y amplio. Lo examiné atentamente, y me sentí más tranquilo. Luego, fui al lavabo de porcelana. Eché agua de la jarra de loza en la palangana… y el objeto cayó junto con el chorro de líquido frío.

Dejé la toalla y el jabón. Me quedé mirando aquello que se hundía ahora en el agua del anticuado y pintoresco lavabo de lord Ashton.

Era un envoltorio en oscuro plástico bien atado y adherido. Impermeable, desde luego. Tenía el tamaño de la mitad de una pitillera. Me quedé contemplándolo, perplejo. No sabía cómo pudo llegar allí, pero evidentemente no me pertenecía. Extraje el

paquetito del agua. Desprendí el plástico, sujeto con adhesivo. Dentro, había otro plástico. Y por fin, dentro de él, una agenda de tapas de piel marrón.

No era mía. Ni recordaba haberla visto nunca.

La abrí. Me sorprendió la nota escrita en las guardas de la agenda, con letra menuda:

> Por si algo me sucede a mí. Dr. L.

Lennox… Era su agenda. La hojeé, perplejo. Había direcciones, teléfonos… Clientes y más clientes de Londres. También figuraba allí lord Ashton. Y yo. Y *sir* Richard, y muchas otras personas conocidas. Incluida Carol Gordon, en el apartado de la letra G.

Me pregunté por qué estaba allí, en mi alcoba, esa agenda. Por qué, precisamente, Lennox tuvo que dejármela a mí, y tan escondida. Arrugué el ceño. Recordé algo. Y busqué la página destinada a la letra W.

Lo encontré. El corazón me dio un vuelco. Estaba subrayado en rojo:

DOCTOR MORGAN WOLF
MEDICINA GENERAL Y LABORATORIO DE ANÁLISIS
NEWGATE STR., 136. – CITY, LONDRES

El doctor Wolf. Lo había citado antes de morir. Él… y su fórmula roja. No sabía lo que podía significar aquello, pero el resto de la agenda no reveló nada subrayado ni especial.

Una idea fantástica asaltó mi mente. La alcoba del doctor Lennox había sido removida terriblemente. Unas zarpas feroces lo destrozaron todo. ¿Era un acto vandálico, puramente salvaje, propio de una bestia enfurecida… o algo más? Como la búsqueda furibunda de *algo* que no fue hallado…

—Esta agenda, por ejemplo… —musité para mí, pensativo.

Y quizá la agenda por una sola razón: el nombre y dirección de un tal doctor Morgan Wolf, en la City londinense.

* * *

Leí el rótulo adherido sobre la puerta.

Ausente por vacaciones

—Hum… —medité, apartando mi mano del timbre de la casa—. Extraña época para que un médico se marche de vacaciones…

Me quedé estudiando la placa de metal dorado con el nombre del doctor, en la fachada victoriana del bello edificio de la City, en la calle Newgate, no lejos del famoso Old Bailey.

—¿Ocurre algo, querido? —preguntó Valerie, desde el interior del automóvil.

Me volví. Moví la cabeza, pensativo, regresando hasta ella, con rápida zancada.

—No está nuestro hombre —dije—. Se ausentó por vacaciones.

—Vaya… —suspiró ella—. Un viaje perdido.

—Eso es. Sigamos hacia Trafalgar. Aprovecharé el viaje para charlar con unos amigos del Instituto.

Ella asintió poniendo en marcha su «Rolls». No me gustaba viajar en él. Prefería mi sencillo «Morris», pero Valerie había insistido en acompañarme aquella neblinosa tarde londinense, a visitar al doctor Wolf. Justamente a los dos días de los trágicos sucesos de la mansión de lord Ashton, en Colchester.

No sabíamos nada sobre las pesquisas de Scotland Yard, pero yo estaba seguro de que no pondrían gran cosa en claro. Los invitados habíamos sido autorizados a volver a la capital, tras tomarnos declaración un afable caballero de bombín y abrigo negro, altamente británicos, llamado superintendente Asper, de New Scotland Yard. Le respondimos lo que sabíamos sobre los hechos —yo ocultando gran parte de la verdad, por un lado para evitar bromas de mal gusto y posibles burlas, y por el otro para no comprometerme demasiado en el asunto—, y ahí terminó todo. Ellos se quedaron en Colchester. El doctor Lennox había sido enterrado tras la autopsia y el resultado de ésta era para mí un completo misterio, por el momento. Los periódicos, por respeto a lord Ashton, y gracias a las influencias de éste en los círculos londinenses, publicaron pequeñas reseñas perdidas en su página de sucesos, sin dar más publicidad al asunto.

Y ahora, tras pensarlo mucho y decidirme a visitar al doctor

Wolf, mi viaje había sido un completo fracaso. Pero yo seguía opinando que no era época adecuada para tomarse vacaciones de ningún género en un consultorio y laboratorio londinense. Estaba entrando el invierno y abundaban los casos de gripe, resfriados y complicaciones similares. Un médico no cometería el error de perderse tal fuente de ingresos fácilmente.

—Pareces muy preocupado estos días, Claude —me dijo, de repente, Valerie, doblando por Ludgate hacia el Strand.

—¿Preocupado? —hice un gesto que pretendió ser indiferente—. Oh, no, quizá ese mal trago del fin de semana en vuestra casa… Se me pasará pronto, Valerie.

Ella no dijo nada. Condujo hacia Aldwich, en silencio. De repente, prosiguió, al detenerse ante un semáforo:

—¿Eres cliente habitual del doctor Wolf?

—No —negué, algo sorprendido—. Ni siquiera soy cliente suyo.

—¿Entonces…?

—Era cuestión profesional —me evadí—. Algo relacionado con un estudio biológico de ciertos gérmenes patógenos…

—Creí que en esas cuestiones, en el Instituto teníais al doctor Jameson.

Maldita sea, tenía toda la razón. Valerie no era tonta, ni mucho menos. Mi excusa había resultado lamentable. Traté de arreglarlo como pude. No quería que ni ella misma supiera nada de mi interés en los asuntos del doctor Lennox.

—Jameson me habló precisamente del doctor Wolf. Por eso quería comprobar una serie de datos. Volveré la próxima semana, por si hay más suerte.

Seguimos la marcha, entre el tránsito del Strand. No podía saber si Valerie había aceptado como verosímil mi frágil explicación, pero si no era así, tampoco lo expuso. Se limitó a conducir hasta cerca de Trafalgar Square. Ya entonces, me preguntó:

—¿Vas al Club alguna vez?

—Sí —asentí—. Quiero ver a unos amigos. ¿Tú vas de compras?

—Sí, aprovecharé la tarde, ya que estoy metida en pleno laberinto —rió, aludiendo a los problemas del tránsito londinense —. ¿Podrás acompañarme después a cenar y al teatro?

Vacilé. No había nada que me impidiese ir con ella esa noche adonde decía. Pero se me había metido en la mente una idea

obsesiva sobre ciertas cosas, y quería dedicar mi tiempo a investigar acerca del doctor Lennox. Si me hubiera preguntado alguien la razón, no hubiera sabido qué responder.

—Me temo que no me sea posible —rechacé, con toda mi diplomacia—. De todos modos, si quieres telefonear más tarde al club, podré decirte si…

—No, es igual —cortó, algo fría—. No tienes que preocuparte. Iré yo sola o buscaré a alguna amistad que me acompañe. No es necesario que pierdes tu tiempo conmigo.

—Valerie, ése no es modo de decirlo —me quejé—. Tengo un asunto profesional que resolver y debo de…

—No me des explicaciones, Claude —me contempló con frialdad, deteniendo el coche ante la familiar fachada de piedra del club—. Hemos llegado, cariño. Llámame tú cuando creas que dispones de algún tiempo libre para dedicármelo a mí. Buenas tardes.

—Valerie, espera —bajé a la acera y me incliné hacia la portezuela—. Yo…

Ella no aguardó más. Arrancó rápidamente y se perdió entre el denso tránsito del Strand, dejándome con la palabra en la boca.

Miré al «Rolls» plateado que se alejaba. Así era Valerie Ashton. Después de todo, la culpa era mía. Debí aceptar su invitación. Pero había algo que me torturaba. De haber ido con ella a cenar y luego al teatro, estaba seguro de que todo hubiera sido peor. Me hubiese notado ausente durante la cena, y no habría escuchado una sola palabra de la obra teatral.

Entré en el club. Estaba dispuesto a saber, de una vez por todas, si existían los hombres-lobo. Y si había alguna explicación a todo cuanto había sucedido en la mansión campestre de lord Ashton, aquel trágico fin de semana.

Me esperaba una sorpresa considerable en el club. Y el conserje, el buen Matthews, se encargó de dármela.

—Preguntaron esta mañana por usted, señor Bellamy —dijo, desde su asiento.

—¿De veras? —le miré intrigado—. ¿Quién era?

—Un caballero a quien no había visto antes por aquí.

—Vaya… ¿Le dijo lo que quería?

—No —negó Matthews—. No me dijo nada, señor.

—Pero, al menos, le diría quién era…

—Me entregó esta tarjeta para usted. Y me dijo que estaba seguro de verle a usted muy pronto…

Me tendió un pequeño sobre cerrado. Sin prestarle gran importancia, di las gracias a Matthews, y entré en los salones confortables, de espesa alfombra y cómodos sillones, rasgando el sobrecito, para extraer una tarjeta de visita impresa, en la que solamente se había añadido algo manuscrito rápidamente:

> Nos veremos pronto, señor Bellamy

El nombre impreso en la tarjeta, me dejó atónito:

> DOCTOR MORGAN WOLF

INTERLUDIO

Ése fue el principio de todo. Lo recuerdo muy bien.

¡Dios mío, sólo el principio! ¿Cuál será ahora el final? Mi final…

Yo, Claude Bellamy… ¡Yo, presa de la misma trampa diabólica que pretendí descubrir! ¡Yo, vencido por la maldición infernal que intenté combatir!

¡Qué necio fui, Señor! Qué gran loco, para enfrentarme a lo desconocido, a lo que no hay biología alguna que pueda explicarlo…

Ahora, ya es tarde. Demasiado tarde.

Contemplo en ese espejo mi horrible, mi espantosa apariencia… Sé lo que soy. Y sé que no hay engaño en esto. No hay error posible, por desgracia para mí…

Ha sucedido. Y me ha sucedido *a mí*. Ahora, ya no necesito buscar al hombre-lobo.

Yo soy el hombre-lobo.

Yo…

Y sé por qué pienso como un humano aún. Sé por qué puedo hablar como un hombre, en vez de rugir con mi garganta de fiera. Sé por qué queda algo de mí, por poco que ello sea, debajo de esta fétida, velluda envoltura que, como una prisión dantesca, me introduce en un infierno de crueldad, de odios, de demencia salvaje, de furia homicida, de sed de sangre humana, palpitante y cálida…

Mis fauces babean, ávidas de sentir el salobre de esa sangre derramada por mis zarpas y colmillos, en brutal ataque. Mi cuerpo peludo, monstruoso, se estremece con goces increíbles, monstruosos y desesperados, al pensar en matar, en destruir, en desgarrar…

Busqué una versión que creía imposible. Y la encontré. La encontré tan próxima a mí, que ahora soy yo mismo esa verdad escalofriante. O parte de ella, cuanto menos.

Todo empezó en la finca de lord Ashton, aquella maldita noche.

Siguió después en Londres…

En aquellos días que siguieron al horror sangriento de Colchester. En una visita fallida a un consultorio médico. En una tarjeta inquietante, depositada en la conserjería de mi club del Strand…

Luego, transcurrieron días. Bastantes días. No sabría decir cuántos, la verdad. Ni siquiera lo recuerdo.

Fueron justamente los días que transcurren desde un período menguante de luna… hasta una nueva luna creciente… que culmina en el plenilunio.

Plenilunio…

Sí. Para entonces llegó el nuevo horror. Entonces se reanudó la pesadilla. Y desencadenó esta nueva y atroz realidad que ahora vivo…

Mi garganta…

He emitido un gruñido sordo… Deseo rugir. Mi mente se nubla. Sólo veo rojo, rojo de sangre ante mí… Deseo de matar, matar, MATAR…

Destruir, destrozar a zarpazos, a dentelladas… Mi cerebro empieza a dejar de ser humano. Como un nuevo e involuntario Jekyll, sale en mí el diabólico míster Hyde que estaba escondido, y que la maldición de los licántropos han despertado con satánica furia.

Tengo sed… Sed de sangre, de muerte, de destrucción, de aniquilar cuanto me rodea…

¡Quiero destruir, acabar con todos!

Pero sobre todo con ella.

Ella…

La mujer amada. La auténtica mujer a quien amo cuando soy Claude Bellamy, el hombre. Ahora, siendo hombre-lobo… es el ser más aborrecible del mundo. ¡Quiero despedazar su hermoso cuerpo con mis zarpas velludas, hincar mis garras en su cuello y desgarrárselo! Quiero verla con los ojos desorbitados por el pánico, la angustia y el dolor… Quiero ver que todos huyen mientras ella agoniza bajo el peso de mi cuerpo hediondo y fétido, de erizado vello rojizo.

Sí, eso es lo que deseo ahora…

Ya, ni siquiera soy Claude Bellamy. Ya no queda dentro de mí

nada de él.

Afuera brilla la luna. Me toca, me ilumina con luz de plata.

Y deseo matar. Destruir.

Soy ya el lobo, el hombre-bestia. ¡Tengo que matar! ¡Tengo que hacerlo!

No, no quiero pensar más… No quiero recordar…

Voy hacia la puerta. Hacía ellos… Hacia *ella*.

Nada ni nadie me detendrá. Nada tiene una furia como la mía… No deseo recordar. No, no recordaré nada…

No quiero recordar aquella noche maldita, de plenilunio, de frío invierno sin niebla, cuando Londres sufría la helada y el agua era escarcha, bajo la luna redonda, blanca, gélida y siniestra en el cielo sin nubes.

No quiero acordarme ya de cómo terminó esto. Sólo quiero destruir, matar…

Sólo eso…

Y voy a hacerlo. Ya. Ahora mismo…

SEGUNDA PARTE

SANGRE DE LOBO

CAPÍTULO PRIMERO

—Es una hermosa y fría noche. La luna llena brilla como si fuese de plata.

Me estremecí. Luna llena…

—Es raro —comentó otro socio—. ¿De veras no hay niebla, mi querido Horace?

—Palabra que no. Ni la más leve bruma. Es un frío seco e intenso. No parece una noche de invierno en Londres, palabra.

—Me hubiera gustado más la niebla —comenté entre dientes.

—¿Cómo? —se asombró Horace Willoughby, del Instituto—. ¿Es posible que prefiera la niebla, maloliente y molesta, a esa hermosa noche despejada que tenemos?

—El frío seco me irrita —pretexté.

—Debe ser algo hermoso pasear bajo la luna esta noche —me replicó otro socio del club—. ¿Quieres que vayamos andando hasta Trafalgar Square?

—No, gracias —corté, seco—. Cuando la temperatura es tan baja, prefiero tomar en seguida mi coche e ir directamente a casa.

La conversación languideció. Poco después, se ausentaban todos ellos, y se iban andando bajo la luna, tal como dijeron.

Yo tardé un poco más en abandonar el círculo. No me gustaba la idea de verme bajo la luna llena, en las calles de Londres. Y ni siquiera sabía por qué.

Ellos tenían razón. La luna era redonda, grande y brillante. Nunca había visto una noche tan despejada y limpia, durante muchos años de residencia en la ciudad. No me gustó. Tenía algo de anormal, de ilógico. No mentí antes, al decir que prefería la tradicional niebla, aunque mis compañeros no lo entendieran.

Di unos pasos por la amplia acera. Muy pocos. Me detuve, contemplando fijamente la pálida redondez lunar, allá en el cielo, encima de Londres. Recordé muchas cosas. Y ninguna demasiado

agradable, la verdad…

El Big Ben emitió las campanadas lentas y solemnes, que se esparcieron por la gélida noche invernal. Eran ya las once. Aquella noche, la tertulia en el club había durado algo más de la cuenta.

Caminé hacia mi «Morris», detenido cerca del edificio respetable del que yo era socio, como miembro del Instituto de Biología. La mayor parte de sus socios éramos investigadores y científicos de diversas instituciones londinenses. No acostumbraba a ir con mucha frecuencia últimamente. Aquella noche había sido una rara excepción. Pero lo cierto es que había frecuentado más de lo normal el club en las últimas semanas, esperando acaso una visita que nunca llegó.

Aquella tarjeta del doctor Wolf no era asunto claro, ni mucho menos. Yo le había dado ya, en vano, muchas vueltas en mi mente.

¿Cómo supo el doctor Wolf que a mí me interesaba verle? Y, sobre todo, ¿cómo sabía él de la existencia de un hombre llamado Claude Bellamy, miembro de aquel círculo social?

Para mí todo eso constituía un perfecto misterio, tan inquietante como aquel ambiguo término utilizado en su tarjeta: «Nos veremos pronto, señor Bellamy». ¿Era una promesa, una advertencia… o una amenaza?

Lo cierto es que el caballero —alto, grave y elegante, a juicio del conserje Matthews— no volvió por el club, desde entonces. Y que cuantas veces visité yo el edificio de Newgate donde residía, encontré el mismo cartelito. Seguía ausente, al parecer.

No sé por qué había vuelto a pensar en el doctor Wolf, precisamente esta noche de luna llena, de cielo despejado y frío, de gélida claridad lechosa en todo Londres, sin vestigio alguno de niebla.

La noche del plenilunio, en suma.

Llegué a mi coche y tomé la llave. Abrí la portezuela.

—Disculpe, señor Bellamy. ¿Puede concederme unos minutos de su tiempo?

Me sobresalté. Giré la cabeza, hacia el punto inmediato, donde había sonado la voz masculina, profunda y correcta. Encontré la figura erguida, a contraluz, con la luna a sus espaldas y, por ello mismo, el rostro en la sombra.

Era un hombre alto, de abrigo largo y oscuro, con cuello de

pieles, sombrero también de tonalidad oscura, y tal arrogancia en la postura, que incluso llegaba a parecer rígido. Llevaba las manos en los bolsillos. Su aliento formaba un tenue vaho en el aire helado de la noche. También lo formó el mío cuando respondí, algo seco, poniéndome en guardia:

—¿Me conoce tal vez, caballero?

—Sí, señor Bellamy —afirmó mi interlocutor—. Le conozco. Pero usted no me conoce a mí.

—Lo suponía, pese a que no veo su rostro…

—Mi rostro no le aclarará nada —la voz parecía risueña ahora —. Pero, naturalmente, debe verlo usted, en buena lógica. Disculpe si me hallo a contraluz… Eso tiene fácil arreglo.

Giró en torno mío, con paso lento y seguro. Sin prisas. Le miré pensativo. Ahora, la luna le daba de lleno. Su rostro enjuto, y de facciones angulosas, me pareció perfectamente normal. Era el de un hombre de mediana edad, buena apostura, mirada inteligente y aguda, expresión cortés, pero fría, y dueño sin duda de una cultivada educación. Lucía una bien recortada barbita rubia, algo canosa, bajo sus delgados y apretados labios.

—Tuvo usted razón —admití—. No le conocía de antes, a menos que le haya olvidado.

—Nunca me vio personalmente, es verdad. Yo soy el doctor Wolf, señor Bellamy.

Había empezado a sospecharlo. No me sorprendió demasiado. «Alto, grave, elegante…». Como Matthews, el viejo conserje, lo definiera justamente. Así era el doctor Morgan Wolf. Pero no me podía fiar de todo eso. Aquel hombre, en buena lógica, no tenía razón alguna para venir a verme. Y no tenía por qué conocerme.

—Es un placer —dije, con sequedad—. Le imaginaba de vacaciones.

Un destello agudo cruzó por los oscuros ojos del hombre. Su boca se curvó en un amago de sonrisa. Luego, se encogió de hombros.

—Oh, ese cartel en mi consultorio… —se inclinó, confidencialmente—. Hace unos meses que me tomé esas largas vacaciones. Motivos de salud, oficialmente.

—¿Y la causa real…? —indagué.

—Asuntos privados de suma importancia —él me miró, fijo—.

Usted no parece sorprendido.

—No lo estoy demasiado. Lo esperaba. Es lo que usted anunció en su tarjeta.

—No me fue posible venir a verle antes —sonrió y elevó su mirada al cielo, clavándola enigmáticamente en la redonda luna llena—. Es una hermosa noche, señor Bellamy, ¿no es cierto? Nada frecuente en nuestro húmedo y brumoso clima…

—Nada frecuente —convine—. Es noche de plenilunio, doctor Wolf.

Nuestras miradas se encontraron. Asintió con calma, como entendiendo lo que yo sugería.

—Como ve —dijo inesperadamente—, no hay nada que temer de mí. No soy ningún ser abominable…, aunque me ilumine el plenilunio.

—Ya veo —asentí—. ¿Qué quiere de mí, doctor Wolf?

—¿Y usted de mí, señor Bellamy? —fue su suave, pero fría respuesta—. Tengo entendido que me buscaba…

—Me pregunto cómo ha podido llegar eso a su conocimiento…

—Dejémonos de rodeos, señor Bellamy. Usted ha sido amigo de otro amigo mío: el doctor Lennox, mi colega. ¿Cierto o no?

—Cierto. ¿Fueron realmente amigos, aparte de colegas?

—Lo fuimos, sí. Teníamos diferente concepto de la profesión, eso es cierto. Pero nunca rompimos nuestra buena amistad por esa razón.

—Doctor Wolf, usted no puede saber, en buena lógica, que yo me interese por usted. Tampoco parece fácil que esté enterado de que conocí al doctor Lennox, puesto que él ha muerto y la única vez que le mencionó a usted fue cuando agonizaba. Estábamos solos los dos en ese instante. ¿Cómo pretende justificar su conocimiento de los hechos, por lo tanto?

Si creía desaliñar así al doctor Morgan Wolf, estaba muy equivocado. Me miró larga, intensamente, sin mover un solo músculo del rostro. Luego, su voz grave sonó pausada, sin la menor alteración perceptible.

—Señor Bellamy, ¿me tiene usted miedo acaso?

—¿Miedo? ¿Yo? —dudé, al repetir la pregunta, y lo cierto es que no estaba demasiado seguro de la respuesta cuando la di. Pero la di, y con firmeza—. En absoluto, doctor. No creo tener miedo a nada.

Ni a nadie. Ni tan siquiera a la luna llena… y a los licántropos.

Creo que se estremeció levemente, y sus ojos pestañearon por primera vez. Era una señal de emoción, pero podía estar fingiendo. Yo no podía fiarme de él en absoluto.

—Entonces, señor Bellamy. ¿Por qué no charlamos en otro lugar más adecuado? —miró en torno, como si de repente las bien iluminadas y frías calles del Londres invernal fuesen un lugar erizado de invisibles peligros.

—Donde usted quiera —afirmé—. Aunque supongo que a estas horas no elegirá usted su consultorio…

—No, esté seguro de eso —se apresuró a negar vivamente—. Allí, no… Venga. Tengo mi propio coche aparcado allá, al final de la hilera. Puedo llevarle a un local donde tomemos una copa… y charlemos.

—¿Del doctor Lennox, por ejemplo? —indagué, seco.

—Del doctor Lennox, por ejemplo —asintió, con un profundo suspiro—. Y del hombre-lobo, si lo desea.

Parecía desenmascararse bruscamente ante mí. Contemplé el disco lunar, pensativo. Sin saber la razón, tuve cierto miedo súbito. A algo que estaba más allá de Wolf y de mí mismo. A algo que, sin embargo, presentía cerca de mí, invisible y siniestro. Pese a ello, afirmé.

—Está bien —dije—. Vamos adonde usted diga, doctor.

* * *

Su coche era un tradicional «Bentley» de modelo anticuado, pero potente motor, color negro, y asientos tapizados de un vivo color rojo oscuro.

Condujo hasta un tranquilo pasaje del Soho, el Bridle Lane, no lejos de Carnaby y su mundo multicolor y psicodélico. En él, había un pequeño y pintoresco local abierto, de vidrieras emplomadas, color caramelo, madera rústica, farolas amarillas de la luz tenue, atmósfera neblinosa por el humo del tabaco y motivos de decoración tradicionalmente centroeuropeos. El nombre del establecimiento me resultó significativo, en su viejo cartelón de hierro, sobre la estrecha puerta de entrada:

CERVECERÍA
TRANSILVANIA
.

—Transilvania… —comenté con una suave risa—. Eso ya no existe actualmente, doctor.

—No, no existe con ese nombre. Es Rumanía, señor Bellamy. Los Cárpatos y todo eso… Tierra de extrañas tradiciones y supersticiosas leyendas.

—Tierra de vampiros —le recordé, irónico—. Y no creí que hablásemos de vampiros precisamente…

—Todas las leyendas nacen y mueren en regiones de Europa, mi querido amigo —suspiró él—. Pero de cualquier modo, lo que tenemos que hablar se relaciona directamente con la sangre… No todo el vampirismo se reduce a Drácula y su estirpe…

No le entendí muy bien, pero le seguí hasta una mesa arrinconada, junto a una columna y allí nos sentamos. Una rolliza rubia de acento bávaro, nos sirvió dos jarras de espumeante cerveza. Obviamente, allí no se servía otra bebida.

—Bien —miré fijo al doctor Wolf, tras un largo trago del dorado líquido—. Ya estamos en un sitio donde charlar. Empecemos, ¿qué es lo que va a relatarme, doctor Wolf?

—Todo —suspiró él.

—*¿Todo?* —no quité de él mi mirada penetrante—. ¿Qué quiere decir?

—Usted lo sabe, Bellamy. Usted vio morir a Lennox. Tuvo que ver la verdad.

—La vi —asentí gravemente—. Él le mencionó a usted. Y a la fórmula.

—¡La fórmula! —noté una convulsión en Wolf. Desvió su mirada de mí, angustiado al parecer. Quiso beber cerveza y derramó líquido sobre su oscuro abrigo de cuello de pieles—. La maldita Fórmula Roja…

—Eso dijo Lennox aquella noche —afirmé—. ¿Qué significa todo eso, doctor? ¿De qué está usted huyendo?

—Tal vez de mí mismo —jadeó—. Y de algo de lo que no puedo evadirme: la maldición.

—¿Qué maldición, doctor Wolf? —insistí, inclinándome hacia él.

—La del hombre-lobo —jadeó, roncamente.

Y la luz del humoso local, reveló el brillo del sudor en su rostro crispado. Confieso que no estaba preparado para tal escena. Esperaba un doctor Wolf frío, distante, maligno y solapado. Parecía, sin embargo, un hombre asustado. Sólo eso.

—Todo este tiempo he tenido la convicción de que usted estaba detrás de todo esto, de que usted mismo es un hombre-lobo —acusé en voz baja, con dureza—. Su nombre, su relación con Lennox, su ausencia del consultorio…

—Ahora ya sabe que estaba equivocado —musitó—. No soy hombre-lobo. Mi apellido tuvo la culpa de todo. Fue el principio de esta maldición. Siempre me intrigó el asunto de los hombres-lobo. Y quise ir lejos en él. Hasta que supe que era demasiado lejos…

—¿Dónde empezó todo, doctor? —quise saber.

—En ese lugar que usted afirmó que no existe ya como tal: la Transilvania tradicional, amigo mío. Los Cárpatos, ciertas regiones rumanas, junto a los Alpes Transilvanos… Antes perteneció esa región a Hungría. Es un lugar del mundo donde el tiempo parece haberse detenido. Todavía se cuelgan ajos y muérdago en las puertas. O se llevan cruces de madera contra los vampiros. Aún se habla del conde sanguinario que dio motivo a la leyenda de Drácula, y cosas así. Allí, todo es posible. O, cuando menos, lo parece: mujeres-gato, maldiciones, superstición, terror… Muertos que no reposan, cuerpos vacíos de sangre… y hombres-lobo. La leyenda comienza allí. El plenilunio, la bala de plata, el hombre mordido por un hombre-lobo…

—Sé todo eso —afirmé—. He leído mucho últimamente. No hay nada científicamente probado.

—Claro que está científicamente probado —jadeó—. No en los libros, sino por mí.

—Doctor Wolf, yo no soy un profano en ciertas materias —le recordé.

—Lo sé. Es usted un investigador, un ensayista, un biólogo notable. Sé todo eso. No pretendo burlarme de usted. Yo…, yo, señor Bellamy…, fui mordido por un hombre-lobo.

Le miré. No. No se burlaba de mí. Su voz era fría, grave, rotunda. No hallé en su tersa piel vestigio alguno de vello sospechoso. No había en su físico nada lobuno. Había puesto las manos sobre la mesa, al hablar. Manos largas, afiladas, pálidas y

sensitivas. Nada de garras bestiales.

—No entiendo —comenté—. Si existen los hombres-lobo y usted fue mordido…, tendría que ser uno de *ellos*.

—Yo fui uno de «ellos», señor Bellamy —me dijo fríamente.

—Según las tradiciones de esos países que usted cita, sólo una bala de plata puede matar al hombre-lobo —le recordé, escéptico.

—Es verdad —dijo, con un estremecimiento—. Lennox mismo… volverá de la tumba. Usted lo sabe. Yo lo sé.

Me estremecí. La idea de que Lennox volviese después de la autopsia, saliendo de su sepultura, no era nada agradable ni confortante para nadie.

—También sabemos que el que ha sido mordido por uno de ellos, pasa a ser a su vez hombre-lobo. Hoy hay plenilunio. Le iluminó a usted la luna, doctor. ¿Cómo se lo explica?

—Ésa fue mi obsesión durante años —suspire—. Evitar que la mordedura del hombre-lobo fuese definitivamente fatal. Y lo peor es que… lo conseguí.

—¿Lo peor, ha dicho? —sacudí la cabeza—. Sería un hallazgo científico increíble probar la existencia del licántropo. Pero aún lo sería más conseguir la inmunidad para el mordido. Eso significaría que el contagio no se produciría.

—Bellamy, usted no lo entiende —miró con inquietud en torno —. Cuando descubrí eso… salvé mi persona de la maldición terrible. Pero firmé mi sentencia de muerte.

—¿Qué quiere decir? —le apremié.

—He sido perseguido, acosado. He viajado por muchos países, siempre huyendo de ellos…

—*¿Ellos?* —pregunté, tenso.

—Ellos, sí… El pueblo licántropo… —se cubrió el rostro demudado con manos trémulas—. ¡Oh!, ¡Dios, si hubiera visto reunida a esa gente, en una noche de luna llena, allá en los Cárpatos…! Aullando, babeando, dando zarpazos al aire, cohabitando hombres-lobo y hembras-lobo, en el aquelarre más dantesco jamás imaginado… Mi piel se cubre de sudor helado al recordar cosas así, Bellamy… Están más allá de la razón, más allá de todo lo imaginable, y de todo lo que explica su biología, amigo mío…

—Un pueblo de hombres-lobo… —musité, estremecido—.

Cielos, qué horrible jauría…

—Es una maldición ancestral, perdida en la noche de los tiempos… Nadie sabe cómo empezó. Pero el ritual salvaje les une, les agrupa, como fieras auténticas… Luego, pasa el plenilunio… y vuelven a ser personas normales. Como usted, como yo…

—… O como Lennox —le recordé.

—Sí, o como Lennox. Él fue víctima de ellos… Le mordieron, inoculándole su maldición.

—¿Y… la Fórmula Roja? —pregunté.

—Ésa…, ésa es la única manera de salvarse de la maldición, Bellamy —me confesó roncamente—. Por desgracia, ya no me pertenece.

—¿Qué quiere decir?

—La fórmula me ha sido robada… Las muestras de ella también… Ahora las poseen ellos.

—¿Para qué pueden querer los lobos humanos esa fórmula adversa?

—Porque utilizada íntegramente, produce el milagro; el que usted ve en mí, Bellamy. El poder del hombre-lobo se extingue totalmente, Pero utilizada solamente en dosis reducida, permite al hombre-lobo, en sus momentos de crisis, cuando la metamorfosis es ya inevitable, dominar su cerebro, controlar sus fuerzas, seguir siendo humano a la vez que lobo…, hasta que la furia criminal se debate, inexorable, arrollándolo todo. Paulatinamente lograrán, estoy seguro de ello, ser a la vez lobos y hombres, sin que se advierta su condición. ¡Y eso será espantoso, porque su fuerza destructora y su salvajismo animal serán los mismos, pero guiados por una inteligencia fría y calculadora, y con una apariencia que podrán alterar a voluntad!

Era una horrenda posibilidad de que extendieran su número por doquier, sin ser siquiera advertidos, salvo en momentos contados, cuando así lo desearan. Como una legión escalofriante de nuevos Jekyll, con míster Hyde bien vivo y consciente dentro de ellos, para causar el mal y derramar sangre. Sangre humana…

—¿Por qué ese nombre de… Fórmula Roja, doctor Wolf? —le pregunté.

Y él me dijo:

—Porque…, porque está obtenida de la sangre. Sangre humana

y sangre de lobo. Con una dosis de sangre de hombre-lobo, tratada convenientemente. Usé…, usé mi propia sangre entonces, Bellamy… —me mostró la profunda huella cárdena, en su vena del brazo, con un gesto sencillo—. Es como una vacuna. Pero puede ser el arma terrible que ellos necesitan para extenderse, para destruirlo todo bajo su furia criminal y feroz, de bestias despiadadas y de seres humanos diabólicamente perversos.

La historia del doctor Wolf era increíble. Había buscado yo un culpable, y hallaba una víctima. Aún ignoraba algunas cosas. Y se las expuse acremente ahora, mientras él hundía su cabeza entre ambas manos, abatido.

—Sigo sin saber cómo conoció mi nombre, mi interés en el tema… —musité.

—Lennox —dijo él en un susurro—. Lennox luchaba por salvarse. Pobre amigo mío… No logró la dosis de vacuna y de inmunidad, sino la que ellos quisieron darle, para que fuese un hombre-lobo experimental… Él me llamó desde la residencia de lord Ashton… el mismo día de su muerte… para informarme de que temía lo peor. Dijo que sólo confiaba en usted. Y que si algo sucedía, me pusiera en contacto con Claude Bellamy, el biólogo.

—Esa llamada le costó quizá la vida —me estremecí—. Fue atacado por otro hombre-lobo… o por una mujer-lobo.

—Hay de todas clases entre nosotros, Bellamy —susurró el doctor Wolf—. El pueblo maldito de los hombres-lobo llegó a Londres. Quizá yo tuve la culpa. Y ahora es demasiado tarde. No tengo medios de combatirle. Y sé que me persiguen… Usted mismo podría ser ahora un hombre-lobo…

—No —negué—. No lo soy. Pero…, ¿podría ser alguien de los que nos rodean, aunque haya plenilunio?

—Si ha tomado las suficientes dosis de la fórmula, puede controlar a voluntad la metamorfosis terrible durante cierto tiempo. Pero, inexorablemente, esta misma noche sucederá lo que marca su sangre maldita: se convertirán en lobos todos ellos. En bestias de aspecto casi humano… Y comenzarán su orgía de sangre.

—¿Sangre? —le miró gravemente—. ¿Aludía usted a eso cuando habló de… de vampiros?

—Sí, Bellamy. En el fondo, no se diferencian demasiado. Sólo que ellos se conforman con poca sangre de cada víctima suya, al

clavarles sus dentelladas feroces. Si les faltase ese alimento, se volverían, inexorablemente, sólo bestias, animales sin raciocinio. Y ellos no quieren ser sólo lobos. No desean renunciar a su inteligencia humana, que les proporciona esa perversión malévola, sensual, sinuosa, del goce con la destrucción ajena, con la sangre derramada, con la muerte feroz de sus víctimas… Tienen lo peor de cada naturaleza suya, Bellamy; la maldad del ser humano, y la barbarie de la bestia…

Repentinamente, el doctor Wolf emitió un grito ronco, se volvió mortalmente lívido, y se incorporó, derribando su jarra de cerveza y señalando trémulo al exterior, a la ventana de vidrios emplomados, color caramelo.

—¡Allí, Bellamy! —aulló—. ¡Mire *eso*! ¡Ese rostro en los cristales…!

La gente se volvió toda hacia nosotros, dejando sus conversaciones y sus jarras de cerveza. En el silencio, yo busqué ávidamente aquella cara que veía Wolf en la ventana…

No había nadie en el exterior.

CAPÍTULO II

Justifiqué al doctor Wolf, diciendo a todos que estaba enfermo de los nervios, y le ocurría esto a veces. Pagué las consumiciones y me encaminé con él a la salida. Estábamos en el corazón del Soho londinense, en pleno siglo XX, y no era cosa de sentir miedo. Pero Wolf iba musitando por el camino, resistiéndose a salir:

—Era uno de ellos… Lo juro, Bellamy… Un hombre-lobo… Vi su cara velluda, su mirada ardiente, fija en nosotros…

—No creo que nos siguieran hasta aquí, doctor —rechacé vivamente. Llegamos a la puerta en medio de la curiosidad ajena, y le apremié, mientras abría—: Vamos, todos nos están mirando. Es mejor salir de aquí, ir a cualquier otro lugar… Y en otra ocasión, procure dominarse, doctor.

—No…, no pude —casi sollozó ahogadamente—. Era una faz horrible… Están aquí. Nos rodean, Bellamy. Escape usted, antes de que sea demasiado tarde…

—No pienso escapar. Tengo un arma en mi casa y volveré por ella.

—Todo será inútil —jadeó—. Ellos nunca mueren… Son una maldición viviente… y así lo seguirán siendo, por los siglos de los siglos… Se dice que eran practicantes satánicos en el pasado… y sufrieron un castigo…

Estábamos ya en el pasaje, bajo la luz lunar. Algunas nubes blancuzcas corrían por el cielo, ahora, velándola de vez en cuando. Pero seguía siendo una noche fría y brillante. En el suelo, el agua crujía, hecha escarcha. La temperatura debía ser muy baja ahora.

Caminamos hasta el Bentley. Yo miraba en torno, precavido. No vi sino a tres o cuatro transeúntes presurosos, pero ninguno de ellos se salía de lo normal. Me pregunté si aquel hombre atormentado no

habría visto alucinaciones. Un rostro pegado a un vidrio de color puede prestarse a confusiones, sobre todo si uno vive obsesionado por una idea fija como aquélla.

—¿Se cree capaz de conducir, doctor? —le pregunté—. Podría llevarle yo hasta mi casa. Si quiere, pase la noche allí. Tengo una habitación para huéspedes, y es una vivienda sólida, llena de seguridad.

—No hay nada seguro para ellos —se quejó Wolf—. Pero sí, se lo ruego, lléveme allá o adonde sea… Estoy cansado de huir, de huir siempre… para nada.

Tomé sus llaves del coche, le acomodé en el asiento inmediato, y conduje el «Bentley» a través del Soho, hacia mi casa. En ningún momento vi en las cercanías a persona sospechosa alguna. Aún así, el doctor Wolf temblaba violentamente a mi lado. Y yo mismo pese a todo posible razonamiento, me sentía preocupado, inquieto, lleno de angustiosa tensión.

La luna redonda, grande, lívida, pareció acompañarnos fielmente durante todo el viaje por la ciudad tranquila y sin tránsito. Y la verdad es que no me pareció muy buena compañía…

* * *

Se tomó dos tabletas sedantes antes de dormir. Ofrecía un lastimoso aspecto el doctor Wolf, cuando tomó uno de mis pijamas y se acostó, pálido y tembloroso. Rechazó toda oferta de bebidas o alimentos que le hice. Era evidente que no tenía sed ni apetito.

Abrí mi gaveta, extrayendo la pistola automática de que me había provisto últimamente. Era una «Beretta» especial, calibre 38. Un arma sólida, segura y contundente. Pero me preguntaba si las armas serían eficaces contra los poderes de las tinieblas, más allá de este mundo.

De cualquier modo, puse el arma a mi alcance y me sentí mejor. Comprobé que la puerta de mi casa estaba bien cerrada, ajusté el pestillo, revisé los postigos de las ventanas, bien ajustados, y me puse a fumar, sentado en la cama. Repasé cuanto dijera Wolf esa noche.

El doctor había creado una auténtica vacuna para la inmunidad

contra la mordedura de un ser demoníaco: el hombre-lobo de Transilvania. El virus que transmitía la mordedura y succión de uno de aquellos licántropos horribles, se anulaba con la Fórmula Roja, compuesta por sangre humana, animal… y de hombre-lobo.

Pero este producto estaba en poder de ellos, de los lobos humanos que habían salido de Transilvania, dispersándose por el mundo. Su contagio produjo nuevos seres monstruosos, que defendían a la extraña comunidad.

Lamenté no haberle preguntado algo: la posible identidad de *otros* hombres-lobo. Especialmente, de aquella mujer-lobo citada por el doctor Lennox tan insistentemente. Acaso el doctor Wolf sabía o sospechaba su identidad…

Pero el doctor Wolf dormía ahora profundamente. Podía oír su respiración profunda, entrecortada, inquieta. Quizá su sueño también lo fuese. Una pesadilla repleta de feroces, dantescos hombres-lobo, ávidos de sangre humana…

Gracias a esa fórmula salvadora, estaban evolucionando peligrosamente hasta no mostrarse como monstruos sino en un determinado instante de crisis. Si controlaban el poder de su naturaleza satánica, si podían doblegar las fuerzas salvajes de su lado animal, y controlarlas mentalmente, serían una amenaza pavorosa para el mundo entero. Y lo peor es que nadie aceptaría semejante historia, bajo pretexto alguno.

Aspiré hondo. Por el momento, nada podía hacerse, salvo intentar dormir, esperar al nuevo día y buscar, con el doctor Wolf, una solución satisfactoria a todo aquello.

Apagué el cigarrillo, cerré el interruptor de la luz de mi mesilla, y me acosté, dispuesto a dormir profundamente, pese al plenilunio, la historia alucinante de Wolf y todo lo que yo había presenciado en Colchester aquel fin de semana.

El sueño me sorprendió gratamente, apenas mi cansado cuerpo se estiró en el lecho, confortable y cálido en aquella fría noche de invierno sin brumas.

Desperté sobresaltado.

No sabía la causa, pero desperté de forma brusca, repentina. Miré en la oscuridad la esfera luminosa de mi reloj. Eran solamente las tres y diez de la mañana. Apenas si llevaba dos horas dormido.

Me incorporé en el lecho, aguzando mi oído en la oscuridad.

Traté de oír la respiración profunda del durmiente, pero no escuché nada. Toda mi casa estaba en absoluto silencio.

El doctor Wolf debía haberse tranquilizado, bajo la acción del reposo y los sedantes. No había por qué preocuparse. Podía seguir durmiendo. A pesar de mi sobresalto.

Me tendí de nuevo en la cama, arropándome. Cerré los ojos.

El crujido llegó del gabinete. Fue apenas un roce en el suelo y en un mueble. Un roce sutil, ligero. Abrí los ojos. Un sudor frío humedecía repentinamente mi piel. Contuve el aliento.

El crujido se repitió. Hundí las manos bajo la almohada. Toqué la fría tela. Y el helado acero de mi pistola. La oprimí con fuerza. Todo mi cuerpo estaba en tensión.

De súbito, me incorporé. Di la luz, alzando el arma, dispuesto a todo.

No había nadie. Ni en mi alcoba, ni en la amplia zona visible del gabinete.

—¡Doctor! —llamé con voz grave—. ¿Está despierto?

No hubo respuesta. Mi corazón palpitaba con fuerza. Me puse en pie, descalzo. Caminé por la alfombra, con tremenda decisión. Estaba dispuesto a enfrentarme con cualquier cosa, por mala que fuese.

Salí del gabinete, desierto y silencioso ahora. Lo crucé, decidido. Di la luz de la alcoba vecina, la que dispuse para mi huésped.

Estaba dispuesto a todo. Menos a lo que vi allí.

Mi cabeza dio vueltas. Sentí que un frío glacial me invadía, agarrotando mis músculos y erizando mis cabellos.

—Doctor Wolf… —susurré—. ¡No, Dios mío…!

Los ojos desorbitados y vidriados del doctor, desde mi lecho para invitados, me contemplaban sin ver. La faz era una horrenda máscara lívida, surcada por los hondos desgarrones sangrientos, que se extendían hasta su torso. Algo brutal, demoledor, había abierto su garganta en forma espantosa. El pecho era un mar de sangre. Las manos engarfiadas, se aferraban a las sábanas, inútilmente, en una crispación final.

Su muerte me recordó la de su colega, Lennox. Eran como un calco una de otra.

Pero esta vez había sucedido en mi casa, cerrada herméticamente a todo posible intruso.

En ese instante sentí tras de mí el jadeo ronco, el roce apagado en el suelo… y un fétido vaho caliente rozó mi nuca.

Me sentí invadido por todo el horror del mundo.

No estaba solo en casa. Y sabía lo que iba a encontrarme, cuando me volviese…

A pesar de todo, me volví.

Y me vi frente a frente con la pesadilla espantosa, delirante. Con el horror viviente, que tanto había temido afrontar…

Mitad humano, mitad lobo… El monstruo estaba allí. Contemplándome malignamente. Goteando sangre de sus fauces babosas. Enrojecidas sus velludas zarpas.

Pero no era un hombre-lobo.

Era, quizá, el ser de quien tanto me previno Lennox: ¡la mujer-lobo>!

Sus ropas femeninas se desgarraban bajo la presión de un cuerpo musculoso, velludo, salvaje y maloliente. El hocico de la fiera se adelantaba, humeando carne y sangre humanas…

Unos ojos rabiosamente sanguinolentos, se clavaban, voraces, en mí. La fetidez de su aliento producía náuseas. Una falda ridícula, para aquellas piernas peludas y deformes, una blusa reventada por el torso velludo de una loba…

—¿Quién eres? —musité—. ¿Quién eres tú, realmente?

Estaba dispuesto a apretar el gatillo. A disparar el arma. Y lo hice.

Lo hice cuando ya la mujer-lobo, con un rugido salvaje, bestial, se precipitaba sobre mí, las zarpas por delante, sus fauces terroríficas bien abiertas, los colmillos afilados centelleando a la luz de la habitación trágica.

La «Beretta» emitió un estampido seco, brusco. Partió la bala. Cayó sobre mí el corpachón velludo de la hembra-lobo.

Aullé enloquecido de dolor, cuando sus afilados, puntiagudos colmillos babeantes, se clavaban en mi torso, y la sangre brotó, tumultuosa, de la feroz dentellada que traspasaba mi pijama y mi epidermis.

Vi el boquete de bala en su velludo cuerpo, justo en el punto donde debía hallarse un corazón que ya no sabía yo si era humano o animal… o ninguna de ambas cosas, para ser sólo una víscera diabólica.

Sus rugidos hacían temblar los muros. Me incorporé hasta ponerme de rodillas, sujetando con una mano crispada mi honda herida del pecho. El dolor, la sangre, todo podía soportarse, a cambio de ver agonizar a la mujer-lobo, en cuyas fauces pude haber terminado mi vida.

—Lo siento —dije—. Seas quien seas, tuve que hacerlo.

El ser, mitad humano, mitad animal, me contemplaba con rabia, con exasperación. Pero todo ello iba cediendo. Los ojos perdían su furia, volvíanse mansos y serenos… La piel se transmutaba… El vello cedía, desapareciendo lentamente. Despacio, las gotas de sangre oscura fluían de su corazón y se desprendían entre el vello rojizo, que iba dejando ver ya las formas de unos senos hermosos y femeninos, tremendamente humanos…

Las fauces se agitaron. Modularon sonidos más suaves, entre ronquidos agónicos. Y yo pude entender entre aquellos jadeos, palabras audibles, en una voz que no me era nada extraña.

—¿Por qué…? ¿Por qué lo hiciste…? Esa bala de tu pistola era…, era…

—Sí —afirmé roncamente—. Era de plata. La hice moldear especialmente para un trance así. Estaba en la recámara. A punto de ser disparada. Si la maldición es real, si el mito terrible existe…, también lo demás tenía que ser cierto. La bala de plata… termina con los hombres-lobo. Y con las mujeres-lobo…

—Claude —susurró la hembra-lobo, provocándome un escalofrío—. Claude, no…

La miré, alucinado. El vello se perdía ya. Las zarpas eran menos femeninas, delicadas. El rostro se moldeaba bajo el pelo hirsuto que parecía esfumarse por arte de magia…

La muerte traía la serena paz eterna a aquella criatura atormentada, presa de la más tremenda maldición de todos los tiempos.

Y yo, ahora, pude identificar aquel rostro trémulo, lloroso, crispado. Aquel cuerpo bien formado, semidesnudo entre las ropas que su vello lobuno desgarrase.

—No es posible… —musité, angustiado—. ¡VALERIE…!

Era ella. Valerie Ashton. Mi prometida.

Ella afirmó, débilmente. Sonrió con dulzura. Me miró tiernamente. Con amor, creo.

—Gracias… Gracias, Claude, mi vida… —la oí susurrar, ya totalmente humana. Ya era ella de nuevo—. Gracias por esta paz, por este reposo eterno que me concedes… Siento que todo… fuese así… para nosotros…

Y murió.

Murió dulcemente, casi sin sentirlo. La contemplé, alucinado, bañado en sudor frío, corriendo la sangre de su dentellada final sobre mi torso.

—Lo has logrado, Claude Bellamy —dijo la voz—. Lograste matar a la mujer-lobo que tenía por misión volverte uno de los nuestros. Pero ella triunfó, a pesar de todo. Te mordió, Bellamy… Ahora… ¡eres tú también un hombre-lobo!

Me volví, horrorizado, sintiendo un fuego ardiente que hervía en el fondo de aquella dentellada terrible, cuyo significado había llegado a olvidar.

El hombre-lobo estaba agazapado en el gabinete. Avanzaba hacia mí. No parecía dispuesto a atacarme. Ni siquiera estaba totalmente transformado. Pese a su vello, a la mirada terrible de sus ojos sanguinolentos, casi bestiales ya, pude reconocerle.

Y mi horror no tuvo límites.

—Usted… —susurré—. Valerie… y usted… eran los licántropos de Colchester… LORD ASHTON…

—Sí —afirmó el aristócrata, cada vez más cubierto de rojo e hirsuto vello en sus manos y rostro—. Ella y yo, Claude… Has matado a mi hija. Pero ahora, tú eres ya de los nuestros. ¡Perteneces al pueblo de los hombres-lobo, Bellamy!

Y reía. Reía, con sonidos guturales, que poco a poco, se hicieron escalofriantes aullidos, como de un perro rabioso.

Yo, lentamente, empecé a perder la noción de cuanto me rodeaba. Se nubló mi vista. Intenté recuperar mi pistola, pero yacía lejos de mi mano.

Y caí.

Caí inconsciente, sobre el cadáver hermoso de Valerie Ashton, la mujer a quien yo había tenido que matar, como una liberación para ella.

Una liberación que, al mismo tiempo, era mi condenación eterna. La maldición de los hombres-lobo había caído sobre mí inexorablemente.

Antes de perder totalmente el sentido, supe que ahora, yo… era un hombre-lobo como ellos.

Creo que un ser humano jamás habrá sentido tanto horror.

Y tanta impotencia ante lo inevitable.

CAPÍTULO III

No era un grato despertar, ni mucho menos.

Algo me sujetaba a aquella superficie donde yacía boca arriba. Era una mesa o cosa parecida. Acaso una losa de piedra, porque sentía su frío a través de mis ropas.

Tras comprobar que no podía moverme, miré en derredor, girando la cabeza a uno y otro lado. Descubrí a lord Ashton, contemplándome fijamente, desde un rincón. Aristocrático, frío, solemne. Y, desde luego, sin la menor huella de vello lobuno en su rostro en sus manos.

Pareció entenderme, porque sonrió con frialdad y meneó la cabeza.

—No, Bellamy —dijo—. Ya no. Es pleno día. Pasó la luna llena. Y todo lo demás.

Perplejo, contemplé aquel lugar. Muros de piedra, humedad, argollas, cadenas, instrumentos de tortura, un laboratorio al fondo… Un lugar de pesadilla. O de vieja película terrorífica. Pero no era una película, ciertamente.

—¿Dónde me encuentro? —quise saber.

—En lugar seguro. Nadie le encontrará aquí, Claude —lord Ashton soltó una breve carcajada—. Tiene curada su herida. No se desangró. No sufre infección. Eso debe tranquilizarle.

—Mi herida… —recordé. Me agité en mi posición forzosa, y sentí arder dolorosamente mi pecho—. De modo que fue todo cierto. Valerie, la mordedura…, ¡el virus!

—Puede llamarle virus, si quiere —rió—. Es usted un biólogo, después de todo. Pero yo diría que es algo infinitamente más sutil que un simple cuerpo químico. Está en nosotros y forma parte de nosotros. Nos es trasmitido y lo trasmitimos para crear la raza más fuerte y poderosa del mundo. La más cruel también.

—Lord Ashton, ¿por qué Valerie, por qué usted…? ¿Por qué yo?

—gemí.

—Todos pasamos a formar parte del pueblo licántropo. Debería sentirse orgulloso y feliz. Eso va a proporcionarle un poder *nuevo y desconocido*. Experimentará placeres increíbles.

—¡No quiero ser una bestia sanguinaria! —rechacé, horrorizado.

—Ya es tarde para eso. Su voluntad no sirve de nada, Claude. Es uno de nosotros, le guste o no. Y le advierto que es hermoso sentirse fuerte, capaz de todo, dueño de una naturaleza violenta y devastadora… y de una inteligencia clara y lúcida.

—Todo eso… para servir al mal, al odio, a la destrucción, al simple placer morboso de dañar y matar… —susurré.

—El mundo es una selva, Claude. Y nosotros podemos ser los reyes de esa selva, porque unimos fuerza e inteligencia. Todos los que son ya como usted y como yo, se sienten felices, ¿no es cierto, querida?

Se dirigía a alguien a quien yo no podía descubrir desde mi posición. Su voz respondió, calmosa, y ella apareció en mi campo visual:

—Sí, es cierto —dijo—. Me siento feliz, como nunca lo fui.

—Carol… —gemí—. Carol Gordon… ¡Dios mío, *todos* están contaminados por el Mal!

—Casi todos —rectificó ella suavemente, mirándome con ojos centelleantes—. Claude, querido, me hubiera gustado ser yo quien te convirtiese a nuestra especie, en vez de hacerlo Valerie… Ella siempre tuvo más suerte. Era tu novia… ¿No te causó dolor, saberte asesino de la que había de ser tu esposa?

—Ella ya no era la Valerie que yo conocí. Como no lo eres tú, Carol. Ni lord Ashton —protesté—. ¡Todos sois monstruos ahora! Sentís como fieras, odiáis y destruís como auténticas bestias feroces…

—Pronto sentirás tú lo mismo —afirmó Carol—. ¿Vas a iniciar el tratamiento?

—Sí —afirmó lord Ashton, sonriente. Y caminó hacia el laboratorio cercano, donde vi bullir unas probetas y un tubo de ensayo, en el que había un denso líquido rojo y burbujeante—. Nuestro buen amigo Claude Bellamy debe iniciar su nuevo proceso biológico. A él, que tanto le interesan esos temas, le resultará fascinante asistir a su propia mutación…

—No quiero… —mascullé tratando de soltarme de las anchas correas que oprimían mi cuerpo—. ¡No quiero nada de todo ese maldito proceso! ¡No voy a ceder fácilmente! ¡Lucharé con todas mis fuerzas, gritaré hasta enronquecer!

—Puede hacer cuanto guste, Claude —suspiró lord Ashton, impávido—. Estos sótanos, de una casa mía en las afueras de Londres, son un lugar aislado y solitario. No hay gente en derredor. Nadie va a oírle una sola palabra. Y por mucho que se resista… el proceso continuará. Paso a paso. Ya es usted hombre-lobo. Y eso es lo único que cuenta.

—¡No, no! —aullé, exasperado. Me moví con rabiosa impotencia —. ¡No lo seré! ¡Nunca seré un monstruo de su maldita especie…!

—No lo entiendes, Claude —me sonrió ella, irónica—. Ya eres esa clase de monstruo que no deseas ser. Te transformarás en lobo las noches de luna llena, y actuarás como tal. Sólo que si obedeces y vas recibiendo la Fórmula Roja del doctor Wolf… podrás controlar tu propia facultad, y serás un ser poderoso, física y mentalmente.

—Pero al servicio de vuestras ideas, de vuestros odios y vuestros placeres insanos…

—Nosotros no empezamos esto —sonrió lord Ashton regresando a mí con aquel tubo de rojo contenido hirviente, que pasó, calmoso, al interior de una jeringuilla hipodérmica—. Viene desde hace siglos y se transmite de unos a otros, desde remotos lugares… Sólo podemos seguir adelante, obedecer el ritual de nuestro pueblo, aceptar gustosos, la maldición ancestral que nos hará los más poderosos del mundo…

—No me va a inyectar eso… —susurré, alucinado, viendo hervir el líquido rojo y espeso en la jeringuilla—. ¡No lo hará, lord Ashton…!

—Claro que lo haré —dijo fríamente.

Y de súbito, me clavó la aguja, larga y penetrante, en mi propio cuello, en la yugular.

Algo ardiente penetró en mis venas y se extendió por mi cuerpo todo. Aullé estérilmente mientras lord Ashton oprimía con fuerza y decisión el émbolo de la jeringuilla, introduciendo en mi cuerpo aquel diabólico líquido rojo.

La fórmula del doctor Wolf, la que debería haber servido para devolver a los hombres-lobo su condición humana simplemente,

estaba siendo utilizada ahora en mí con fines muy distintos.

Era el principio solamente. El inicio del tratamiento. El principio del fin para Claude Bellamy, hombre y biólogo, ser humano y persona sensible.

El principio para el nuevo hombre-lobo, consciente y cruel como ningún otro…

Carol extrajo la jeringuilla de mi yugular. Sonrió mientras gotas escarlata caían de la larga aguja y un algodón se oprimía contra mi arteria. La miré. Me miró.

Todo era muy distinto ahora. Ya no era yo el violento y rebelde prisionero. No estaba siquiera ligado. No era un cautivo. Era, simplemente, un ser en período evolutivo. Podía sentirlo, percibir las diferencias en mí, en mis sentimientos, en todo mi ser.

—Así está bien —dijo ella dulcemente. Me miró, acariciando mis cabellos, con un brillo malévolo y salvaje en sus pupilas, crispando sus dedos hasta hacerme daño en el cuero cabelludo. Se inclinó y besó mi boca. Lo hizo tan cruelmente que sentí sus dientes clavándose en mi labio. Sangré. Se apartó, complacida—. Cada vez perteneces más a nosotros, Claude querido.

Carol Gordon gozaba con todo aquello. Como mujer y como bestia. Era una mezcla indescriptible de animalismo y falsa humanidad. Sólo conservaba instinto, apetitos, deseos indignos. Su mente únicamente pensaba en el mal.

Ésa era la evolución buscada. La siniestra evolución del licántropo, bajo el efecto de la Fórmula Roja, en mala hora creada por Morgan Wolf. El hombre-lobo, simple víctima de un mal desconocido y terrible, heredado misteriosamente de sus antepasados, y transmitido por el mordisco del licántropo, ahora era un míster Hyde perfecto. El monstruo maligno, perverso, sensual y morboso, cruel y despiadado. De pensamientos y de acción. Eran dueños de su cerebro, pero sólo para pensar en lo malo, en lo tortuoso y vil.

Y ahora… yo era uno igual que ellos.

Había perdido la noción del tiempo en aquel sótano de la casa de lord Ashton en las afueras de Londres. Pero, evidentemente, faltaba poco para un plenilunio. Yo lo sabía. Lo intuía, desde el fondo de mi nuevo, de mi abominable ser…

Pronto yo, Claude Bellamy, sería otra fiera diabólica, suelta en

las noches de luna llena, a la busca de víctimas, de sangre humana, de crueldades y destrucción.

Y empezaba a complacerme la idea. Empezaba a sentir un raro y estremecedor placer al pensar en todo ello…

Sacudí la cabeza, tratando aún, desesperadamente, de ahuyentar de mí toda idea siniestra y monstruosa de semejante tipo.

Carol debió entender mis sentimientos y reacciones. O ella sabía de antemano lo que sucedía en tales casos…

—Al final te vencerá tu instinto —dijo, sonriente—. Eres un magnífico ejemplar de hombre, y lo serás también de lobo, estoy seguro… ¡Serás mío, te convertiré en el macho de mi compañía!

—¿Y… lord Ashton? —pregunté.

—Lord Ashton… —ella hizo un gesto desdeñoso—. Es sólo el jefe de todos nosotros, el que dirige la manada… Ha sido designado por los demás… El da órdenes, él dirige. Nosotros obedecemos… Quiero un compañero, hombre y lobo a la vez… Humano y animal, Claude. ¡Tú vas a ser, amor, ese compañero magnífico de mi nueva existencia!

Era alucinante todo. No sabía si era una mujer o una loba la que me estaba mostrando sus sentimientos al desnudo. Lo que sí sabía es que no podía sentir por ella el menor afecto, ni la más leve atracción carnal. Era un monstruo, y yo lo sabía. Pero también yo estaba a punto de ser un monstruo como ella. Y si íbamos a ser semejantes, al final esos escrúpulos de una conciencia cada vez más debilitada y cada vez menos consciente, desaparecerían en el aquelarre maldito de los licántropos de Transilvania…

—Una pregunta, Carol… —musité, de pronto.

—¿Sí? —me miró ella, hundiendo la aguja en una solución líquida y retirando el tubo de ensayo repleto de aquel líquido escarlata que lord Ashton cultivaba conforme a la fórmula de Wolf. Dejó el tubo, sellado debidamente, sobre la mesa del laboratorio. Me contempló, esperando mi pregunta.

—Aquella muchacha… Dorothy… ¿Ella es también…?

—¿Dorothy? Oh, no… —sacudió la cabeza—. La chica muda… No es uno de nosotros, si es eso lo que quieres saber. ¿Por qué te preocupa ella, Claude?

—Era sólo… curiosidad —musité cansado cerrando mis ojos con un suspiro.

—¿Seguro que sólo es curiosidad? —se irritó ella—. ¿Acaso… acaso te enamoraste de la muchacha sin palabras, Claude?

—Era novio de Valerie, recuerda.

—Sí, recuerdo bien. Pero creo que nunca amaste realmente a Valerie. No te gusta el mundo de lord Ashton y de otros como él, lo sé. Te fijaste en la dulce muchacha que estudia biología… Bien, si tanto te simpatiza, puedes ir en busca de ella… la próxima noche de luna llena… ¡que es mañana!

—Mañana… —me estremecí—. Cielos, no…

—Y, si lo deseas, yo misma te la traeré… ¡Yo hincaré mis colmillos en esa jovencita, para convertirla en una mujer-lobo para que goces de su compañía!

—¡No, no! —aullé, repentinamente sudoroso y crispado.

Fue un error. Mi propio énfasis me delató. Carol se inclinó hacia mí, acusadora.

—De modo que es eso… —jadeó—. ¡La amas realmente, Claude! No deseas que sea una de nosotros, prefieres incluso renunciar a ella… ¡La mosquita muerta! No necesitó hablar para engatusarte, ¿eh, Claude?

La miré, inquieto. De aquella mujer satánica, mitad hembra, mitad bestia, cabía esperarlo todo.

—Mañana noche, Claude… Es plenilunio —repitió Carol, malignamente—. ¡Saldremos a buscar sangre humana por todo Londres… y yo me ocuparé de esa muchacha, porque sé dónde encontrarla…!

—No, no, por Dios… —susurré, angustiado—. No lo hagas…

—Solamente podrás evitarlo de un modo —me miró fijamente —. Ocúpate de ella tú mismo. Atácala. Aunque sientas ahora algo tierno por ella, lo olvidarás pronto. Cuando te transformes, todos tus sentimientos de amor se volverán de odio. ¡Odio irrefrenable, deseos de destruir su garganta, su cuerpo todo, de hincarle los colmillos y las zarpas a su carne joven, y sentir la palpitación de su sangre vital…!

Reía demoníacamente, complaciéndose en mi tortura. La hubiera destrozado de buen grado en esos momentos. Y, asustado, me dije que sin duda empezaba a ser un perfecto ser bestial y violento, si pensaba ya de ese modo ante una mujer.

Aunque, en el caso de Carol Gordon, ni siquiera fuese ya una

mujer…

—Tendrás que prometerlo, Claude —dijo Carol, mirándome con malignidad—. ¡Tendrás que prometer que tú vas a ocuparte de ella, sea como sea… mañana mismo, por la noche…!

Asentí con gesto grave, decaído.

—Está bien —musité—. Te lo prometo. Deja que yo me ocupe de Dorothy…

En ese momento, se encendió una luz roja en el muro. Era la señal de que alguien entraba en el edificio. Ambos sabíamos quién era: lord Ashton, el jefe de nuestra monstruosa manada.

Carol, riendo aún, se apresuró a salir a su encuentro. Me dejó a solas en el sótano, por vez primera en todo aquel tiempo. A solas con el laboratorio, los siniestros instrumentos de tortura, los objetos de aquel lugar…

Clavé mis ojos en el líquido rojo del tubo de ensayo, en la aguja y la jeringuilla hipodérmica hundida en la solución desinfectante…

—No… no habrá tiempo suficiente —susurré, estremecido.

Y, ciertamente, no lo había. Lord Ashton sólo tardó unos treinta o cuarenta segundos en llegar abajo. Apenas entrar, me miró, ceñudo. Yo permanecía quieto, sentado en mi asiento, la vista perdida en el vacío, la cabeza rígida, los brazos caídos.

Rápido, el noble miró el tubo de ensayo, repleto del denso líquido rojo, a la jeringuilla sumergida en el líquido desinfectante…

Todo estaba como Carol lo dejó. Aun así, lord Ashton se mostró agrio:

—No debiste dejarlo solo aquí —la reprendió—. Nunca más lo hagas, Carol.

—No, lord Ashton —negó ella, inquieta. Luego contempló el tubo repleto del líquido rojo y se tranquilizó—. De todos modos no ocurre nada. No hubiera habido tiempo. Ni lo ha pensado siquiera, estoy segura…

Lord Ashton dudó, volvió a mirarlo todo y se encogió de hombros. Me estudió, reflexionando.

—¿A punto, Claude? —me preguntó.

—No sé —musité—. Siento que soy el mismo de siempre, lord Ashton.

—Eso es hoy —rió él—. Mañana noche es la prueba de fuego. Serás hombre-lobo, lo creas o no. El influjo lunar hará el resto.

—Quiere ocuparse de esa chica muda —habló Carol—. De Dorothy Fletcher…

—Oh, entiendo —me miró, irónico—. Te gusta la chica, ¿eh?

—Carol quiere hacerlo. Prefiero ser yo, lord Ashton —repliqué.

—Está bien, concedido. Te ocuparás tú, Claude. Sé cómo darte la oportunidad que buscas.

—¿Cómo? —indagué, curioso.

—Esa chica está locamente enamorada de ti, Claude Bellamy. Te admira como biólogo y como hombre. Mañana noche daré una pequeña fiesta. La invitaré a ella. Bastará que Carol le diga que tú vas… para que la muchacha acuda sin vacilar. La tendrás a tu disposición… en el momento en que sientas que eres hombre y lobo a la vez…

—Está bien —susurré, amargamente—. Así será…

E incliné la cabeza, hundiéndome en el mutismo.

Lord Ashton avisó a Carol:

—Salgamos ya de aquí. Llevaremos a Claude con nosotros al centro de la ciudad. Ya no tiene escapatoria posible. Hoy era la última dosis, ¿verdad?

—La última —asintió ella—. Ya no hay evasión posible. Mañana será uno igual que nosotros. Y ya lo será para siempre…

Yo, en silencio, me limitaba a escuchar.

EPÍLOGO

Así han sido las cosas.

Así me he convertido yo, Claude Bellamy, en un hombre-lobo…

Un frío, siniestro, despiadado hombre-lobo, dueño de su mente y de sus ideas, al servicio todo ello de la barbarie feroz de su naturaleza mixta. Ellos lo hicieron así. Y ellos siempre triunfan…

Ahora, en este gabinete, en la fiesta que lord Ashton da en su casa de Bond Street a sus amistades, me dispongo a salir, a atacar…

Sé que el pánico cundirá, que los invitados se arrojarán por las ventanas… Esa chica, Dorothy, sentirá el horror de la muerte. Y mis colmillos se hincarán en su cuerpo virginal, desgarrándola, haciéndole brotar sangre de las heridas… Heridas que convertirán a esa desventurada muchacha en otra de nuestro grupo siniestro…

Ya voy hacia allá. Mi furia, mi odio, me dominan. Sé que soy un monstruo. La luna roza mi vello hirsuto…

Acabo de abrir violentamente la puerta, me precipito al salón…

Todos esperan ver llegar a Claude Bellamy. Y el que va a entrar allí, será una bestia alucinante, que caerá sobre Dorothy, despiadada, ferozmente…

* * *

Terror.

Terror en todos. Gritos, alaridos, carreras desesperadas, revuelo… Vidrios rotos, gente que se lanza escaleras abajo, o a través de los vidrios de las ventanas… Menos mal que es una primera planta. No creo que se mate ninguno.

Y ella…

Ella, quieta, sobrecogida, lívida… Esperándome, incrédula. Mirándome con ojos desorbitados por el pánico y la angustia.

Ella, Dorothy Fletcher, boqueando, moviendo sus labios trémulos, sin poder emitir sonido alguno. Ella, que no huye, que no se mueve, que se encoge, temiendo que lo peor suceda, mirando fascinada a aquel monstruo de etiqueta, vestido de *smoking*, con zarpas y rostro de lobo sanguinario…

Repentinamente, al rozarla con mis velludas zarpas, ella grita, grita, grita…

¡Dorothy ha recuperado el habla! ¡La voz vuelve a su garganta muda, paralizada hace años por un golpe de pánico…!

El terror de ahora, el miedo a mis garras mortíferas, a mi aspecto cruel y hediondo, ha hecho el milagro… El increíble milagro de que Dorothy grite, grite diciendo algo:

—¡No, no! ¡Dios mío, piedad! ¡Sálveme! ¡Claude, sálveme! ¿Dónde está, Claude…?

Luego, mira mí rostro de monstruo velludo. Ve que es fácil presa de mis zarpas… y se desmorona.

Dorothy se ha desvanecido. Cuelga de mis brazos velludos. Miro a ambos extremos del casi vacío salón. Casi, porque quedan en él dos personas, aparte de Dorothy y de mí mismo…

Lord Ashton. Y Carol Gordon…

—¡Muerde! —susurra el noble.

—¡Muerde, Claude, muerde! ¡En seguida! —me increpa Carol, ávida.

Sus ojos centellean, empiezan a transformarse también, movidos por sus feroces instintos primarios…

Yo miro a Carol. Una profunda sensación de piedad, de ternura, de amor incluso, me inunda… Miro mi efigie monstruosa en un gran espejo… Con Dorothy en los brazos, como nuevo y horripilante
King-Kong
…

No, no es posible…

¡Estoy volviendo a ser yo! ¡Mi vello desaparece rápidamente, mi rostro, mis manos, son ya las de antes…!

—Cielos —he gemido, aturdido—. ¡Lo logré…! ¡Lo logré! El doctor Wolf tenía razón…

—¿Qué significa? —tartajeó lord Ashton, ya casi convertido en animal humano—. ¡Claude, no puedes volver a ser tú! ¡No es

posible eso!

—Sí es posible, lord Ashton —replico—. Lo conseguí. Ayer, en aquellos pocos segundos en que estuve solo… Me inyecté, me inyecté todo el suero rojo, la fórmula…

—¡No, no! —aulló Carol, ya convertida en monstruoso lobo humano—. ¡Había suero rojo en el tubo…!

—No era ya suero, sino sangre mía —dije roncamente—. Sólo eso, Carol… Y lo logré. ¡Vencí al virus maldito de vuestra raza! ¡Vuelvo a ser, para siempre, Claude Bellamy! ¡Y yo no me dejaré matar como el doctor Wolf! ¡No me dejaré vencer sin luchar…!

Ellos saltaron, aullando rabiosamente, sobre mí.

Solté a Dorothy. Busqué en mi *smoking* mi última oportunidad. Había tenido fe en que sucediera algo así.

Y ahora tenía mi gran posibilidad de triunfar… o de morir definitivamente.

La «Beretta» apareció en mis manos. Disparé dos veces.

Alcancé a ambos. A lord Ashton y a Carol.

A los dos en el corazón. Dos balas… de plata. Fundidas junto con la que mató a Valerie. No sólo hice fundir una bala, sino diez de plata, dentro de mi pistola…

Se detuvieron en seco. Se miraron, angustiados, empezaron a aullar lastimeramente… Yo corrí, con Dorothy en mis brazos, escaleras abajo. Los aullidos horribles quedaron atrás.

Dorothy recuperó el conocimiento, ya en plena calle. Me miró, desde los brazos que la sujetaban. Se estremeció primero, al ver mi *smoking*. Pero luego vio mi rostro, y sonrió.

—Claude Bellamy… —musitó—. ¡Vuelvo a hablar, Dios mío…!

—Sí, Dorothy —asentí dulcemente—. Vuelve a hablar.

—Y… ¿y el monstruo aquel? —tembló en mis brazos.

—Está muerto —sonreí—. Oí sus gritos, acudí a salvarla… El animal ha huido. Era un ser monstruoso. Pero iba herido de muerte. No volverá, Dorothy. Nunca volverá…

Ella sonrió. Se aferró a mi cuello. Caminé con ella, entre los asustados invitados, algunos de ellos heridos, al arrojarse por las ventanas, que invadían la calle. Nadie se fijó en mí. Aún les duraba el pánico ante el horror presenciado. Un horror que difícilmente aceptaría Scotland Yard, más tarde…

Pero todo eso me tenía ya sin cuidado. Me iba de allí. Con

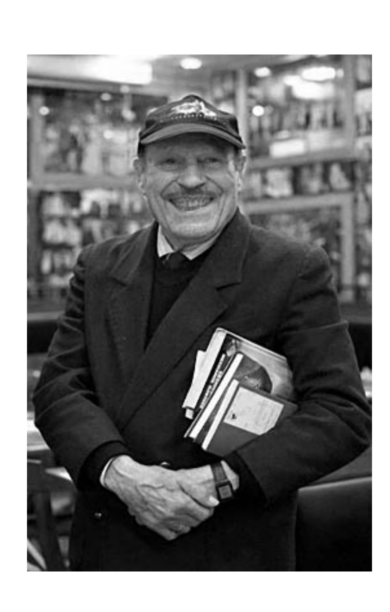
Dorothy. Esperaba defenderla, en el futuro, de la tenebrosa amenaza oculta. Y defenderme yo mismo. Con balas de plata, con valor, con decisión.

Pero yo, Claude Bellamy, nunca más volvería a ser hombre-lobo.

Lo juro.

Nunca, más esa pesadilla espantosa. Nunca…

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] La Hammer Films es la productora británica especializada en el cine de terror. Sus películas, tales como la serie *Drácula* por Christopher Lee, *Frankenstein* (por Peter Cushing), y otras —entre ellas el *Hombre-lobo*, de Oliver Reed—, son mundialmente famosas.
< <